Número 215
Junio 2021

HE OS DEL IO

Un mártir de heroica inocencia

Alma mariana desde el seno materno

San Juan Bautista es un alma tan ardientemente mariana que, aún en el seno materno, rindió a Nuestra Señora un acto de devoción intensísimo. Es el apóstol, el discípulo fiel, el devoto perfecto de la Santísima Virgen, que oye su voz, en ella discierne los primeros ecos de la voz del Cordero de Dios que debía anunciar y se estremece enteramente de gozo.

Debemos, por tanto, venerar en San Juan Bautista el modelo del verdadero y perfecto devoto de Nuestra Señora, pidiéndole que haga de nosotros perfectos devotos de Ella y tengamos un oído interior por donde, cuando oigamos la voz de María Santísima, estremezcamos de gozo también, de manera que nunca una petición de Ella nos encuentre de mala gana, tristes, enojados, con deseo de no atenderla. Al contrario, que su voz nos haga estremecer de alegría incluso cuando nos diga una palabra austera de renuncia, de sacrificio, de sufrimiento.

Plinio Corrêa de Oliveira

San Juan Bautista niño - Iglesia matriz de San Juan Bautista, Figueiró dos Vinhos (Portugal)

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XIX, nº 215, Junio 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
De la Clínica Jerusalén, 100 este -
Alto de Guadalupe - Goicochea -
San José - Costa Rica
Tel: 4030 8241
costarica@heraldos.info

Impresión:

E Digital ED S.A.
San Jose - Costa Rica
Teléfono: 4000-2440

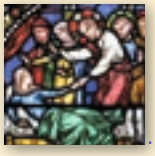
Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

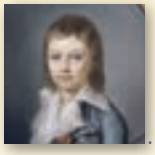
Escriben los lectores 4

Inocencia y heroísmo de la virtud (Editorial) 5

La voz de los Papas – Divino signo de salvación 6

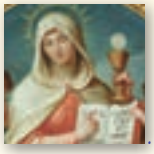


Comentario al Evangelio – «Basta que tengas fe» 8

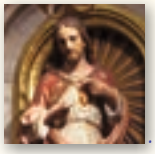


Escondido en las brumas de la Historia… ¡un rey mártir! 18

¿Consenso o convicción? 22

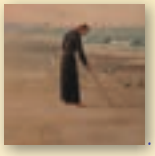


Nuestra Señora del Santísimo Sacramento 24



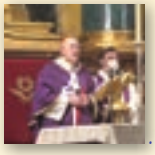
Meditaciones de un niño sobre el Corazón de Jesús 26

Santa Germana Cousin – «La santa que necesitábamos» 30

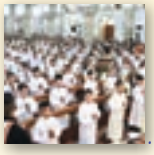


El «Poema a la Virgen»: obra maestra del Apóstol de Brasil 34

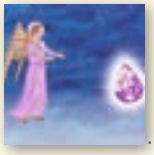
Amparo, protección y seguridad 38



Heraldos en el mundo 42



Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44



Historia para niños... – Entre estrellas y piedras… 46

Los santos de cada día 48

Desafiadores de los aires 50

Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido directamente desde su celular.

Entre en: **revistacatolica.cr**

Escriben los lectores

La fe católica es militante

Leyendo el artículo *Garantía del triunfo de la Santa Iglesia*, de marzo, se ve cómo los cristianos de hoy, después de años y años de concienzudo trabajo por parte de los enemigos de la Iglesia, han olvidado qué significa vivir la fe católica como un combate, como un campo de batalla. Las armas de las que habla San Pablo han sido depuestas en pro de un «pacifismo» fastidioso que lo corrompe todo.

¿Luchar por la honra de Dios? Eso es de radicales talibanes, dicen ahora. Todo es paz, misericordia y solidaridad. ¿Dónde quedaron los mártires, dispuestos a morir por Cristo? ¿Dónde, los santos —muchos no canonizados— que lucharon hasta dar su vida por la evangelización, llamada ahora proselitismo?

El enemigo ha conseguido hacer creer a los fieles que «no hay enemigo», ¡y así nos va! Luchemos por la honra y la gloria de Nuestro Señor y de su Santa Iglesia.

Silvia María Manzanares Jugo
Vía revistacatolica.org

Publicación completa y entretenida de leer

Queridos amigos de la revista *Heraldos del Evangelio*, si ustedes supieran el apostolado que hace su revista… Les aseguro que no alcanzan a medirlo en toda su extensión.

Somos muchos los que mensualmente, a distancia —en mi caso, desde una zona rural al sur de Chile—, nos vemos sustentados en cuanto a formación, pero también en cuanto a entusiasmo y, por qué no, entretención sana. Siempre actual y variada, ya sea por las palabras de los Papas, por los Evangelios comentados por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, por las reflexiones sobre temas espirituales, de convivencia cristiana, simple observación del día a día o de realidades de nuestro mundo, amén de teología o filosofía.

¡Qué más se podría pedir en una sola publicación! Les digo, no como halago, sino de todo corazón: hoy en día, a pesar de tanta información en internet y en otros medios muy diversos, no se encuentra una publicación tan completa. Completa y, a la vez, entretenida de leer.

Le pido a la Virgen que les permita ver algún día, como estímulo a su trabajo diario, todo el apostolado que hacen. Muchas gracias por todo. Sigan así, ¡nunca dejen de crecer y mejorar! Con toda estima en Cristo.

Francisco Javier Donoso
Pichidegua – Chile

Sólo una intervención divina podrá cambiar este estado de cosas

Con relación al preclaro artículo *Caída de edificios simbólicos: ¿prenuncio de nuevas eras?*, de la revista de abril de este año, me ha marcado mucho la cita de Daniel-Rops mencionada en el texto, según la cual «las crisis que sacuden a las sociedades humanas empiezan siempre por ser crisis espirituales: los acontecimientos políticos y las convulsiones sociales no hacen sino traducir en hechos un desequilibrio cuya causa es más profunda».

Que esto está ocurriendo con nuestra sociedad actual es, sin duda, de una claridad meridiana. Los acontecimientos presentes nos muestran a una sociedad blanda y preocupada nada más que con el bienestar inmediato. Pienso que sólo una intervención divina podrá cambiar este estado de cosas.

Juliano Bongiovanni Passos
São Paulo – Brasil

Claridad y verdad

Les agradezco los provechosos escritos de su revista. Son muy edificantes. El artículo del *Comentario al Evangelio* de la edición de febrero, *Los insondables planes divinos y los defectuosos criterios humanos*, me ha sido de gran ayuda para resolver la confusión de nuestros días, y esto me da esperanza.

¡Gracias por su claridad y por decir la verdad!

Anna María Di Ponio
Windsor – Canadá

Luz que nos ilumina, de principio a fin

La revista *Heraldos del Evangelio*, ¡cómo me ayuda en mi vida espiritual! Cada comentario es más emocionante, al igual que las cartas. Estoy de acuerdo con todas. Vale la pena leer la revista completa, pues es una luz que nos ilumina, de principio a fin. Que la Virgen de Fátima los bendiga.

María Valdenisse Oliveira Carvalho
Simão Dias – Brasil

Revista rica y catequética

La revista *Heraldos del Evangelio* forma parte de mi historia de conversión.

Desde la fundación de la revista, me hice suscriptora, con 20 años. Las ilustraciones, siempre cuidadosamente escogidas para llevarnos a admirar lo bello, nos refieren la belleza que es la morada celestial. Me encanta leer el *Comentario al Evangelio*, realizado por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio.

¡Qué espléndidos artículos, tan bien escritos y seleccionados para nosotros, los lectores de esta tan rica y catequética revista!

María Aparecida Tavares Spagliare
Mauá – Brasil

Inocencia y heroísmo de la virtud

Cuando observamos a un niño entretenido cándidamente con un juguete o extasiado contemplando las estrellas, enseguida sentimos que, en el fondo de nuestra alma, vibran algunos acordes de nuestra inocencia primaveral, que disuenan del mundo cacofónico, prosaico y corrompido en el cual vivimos. Santo Tomás de Aquino afirma que la recta actividad lúdica —tan común en la edad temprana—, al igual que la metafísica, esencialmente carece de pretensiones, es contemplativa y está libre de intereses concretos. El niño tiene, por así decirlo, una connaturalidad con el Cielo.

Los pecados contra la castidad —la «virtud angélica»— son los que más contrastan con esa inocencia primera. De hecho, obliteran el foco de la contemplación, entorpecen la inteligencia y corroen el verdadero amor. Pero como la lujuria incide en gran medida sobre los sentidos, posee una vehemente fuerza de penetración. Por eso mismo la Revolución se vale de ella para corromper, de una manera meticulosa, a la juventud. ¡Y cuánta masacre de inocencias no hemos presenciado!

Sin embargo, la impureza no es un pecado reciente. La Historia nos narra, por ejemplo, cómo pueblos antiguos pervertían a la infancia de las formas más abominables, practicando pecados que, conforme la Biblia, claman al Cielo por venganza. Ahora bien, con la Encarnación, Nuestro Señor Jesucristo trajo un nuevo paradigma de inocencia, cuyo punto supremo era Él mismo, Dios hecho niño en un claustro virginal.

El Redentor no sólo protegió a los pequeños, sino que los atrajo particularmente hacia sí, elevándolos a modelo de perfección: «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el Reino de Dios. En verdad os digo que quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él» (Mc 10, 14-15). Y fue más allá, al anatematizar a aquel que los escandaliza: «Más le valdría que le colgasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen al fondo del mar» (Mt 18, 6).

Siguiendo los pasos del divino Maestro, la Iglesia también tiene la misión de amparar a los más vulnerables, tutelar la vida desde la concepción, acoger a los huérfanos, enseñar a los ignorantes, catequizar y bautizar a los pueblos paganos y, por supuesto, resguardar del escándalo a los inocentes. Para ello, no basta sólo la virtud de la templanza, tan apropiada a moderar la concupiscencia, sino que también es necesaria la virtud de la fortaleza, cuyo principal acto es resistir, o sea, permanecer firme ante el peligro.

Al contrario de lo que ciertas visiones superficiales indican, la inocencia está intrínsecamente vinculada a la combatividad; y un reflejo de esto son el adolescente Tarcisio, santo mártir de la Eucaristía, los tres pastorcitos de Fátima, que resistieron con bravura a las maquinaciones del poder civil, o el heroico ejemplo de Luis XVII, narrado en estas páginas. Con toda propiedad Paul Claudel dijo: «La juventud no está hecha para el placer, está hecha para el heroísmo».

Una supuesta inocencia desprovista de las armas de la fortaleza es sentimiento pueril, incapaz de discernimiento (cf. 1 Cor 14, 20); el combate sin inocencia es temeridad, porque estará falto de las fuerzas propias a un corazón puro.

Ante este panorama se puede afirmar que la Iglesia tiene, más que nunca, la obligación de ser escudo que protege a los inocentes y espada contra la malicia que tanto los amenaza. ✧

Luis XVII, por Alexander Kucharsky - Palacio de Versalles (Francia)

Foto: Reproducción

Divino signo de salvación

La abundancia de males que se ciernen sobre el mundo exige que le pidamos ayuda al único que los puede repeler. En el Sagrado Corazón debemos depositar todas nuestras esperanzas; a Él hemos de rogarle la salvación.

Hace alrededor de veinticinco años, en vísperas de la conmemoración del segundo centenario del día en que la bienaventurada Margarita María Alacoque había recibido de Dios el mandato de propagar la devoción al Sagrado Corazón, fueron enviadas muchas cartas a Pío IX, procedentes no sólo de particulares, sino también de obispos, instándole a que consagrara a todo el género humano al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Juzgó por entonces diferir su decisión, a fin de que el asunto madurara más detenidamente. […] Habiendo surgido ahora nuevos factores, consideramos que ha llegado el momento de ejecutar tal proyecto.

Supremo Señor de todas las cosas

Ese general y solemne testimonio de respeto y de piedad se le debe a Jesucristo, pues Él es el Príncipe y Supremo Señor. […]

Aquel que es el Hijo unigénito de Dios Padre, que es consubstancial a Él, «reflejo de su gloria, impronta de su ser» (Heb 1, 3), necesariamente lo posee todo en común con el Padre; por tanto, tiene el sumo imperio sobre todas las cosas. Por eso el Hijo de Dios dice de sí, a través del profeta: «Yo mismo he establecido a mi Rey en Sion, mi monte santo. Voy a proclamar el decreto del Señor; Él me ha dicho: "Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy. Pídemelo: te daré en herencia las naciones; en posesión, los confines de la tierra"» (Sal 2, 6-8).

Por estas palabras, Jesucristo declara que ha recibido de Dios poder sobre toda la Iglesia, figurada aquí por el monte Sion, así como sobre el resto del mundo, hasta sus límites más lejanos. Las palabras «Tú eres mi Hijo» indican claramente la base donde se apoya ese soberano poder. En efecto, por el hecho de ser Rey del universo, Jesús es el heredero de todo su poder: «te daré en herencia las naciones». Con similares palabras habla de Él el apóstol Pablo cuando dice: «Al que ha nombrado heredero de todo» (Heb 1, 2).

Pero, ante todo, hay que recordar lo que Jesús afirmó de su imperio, no sólo por los Apóstoles o por los profetas, sino por su propia boca. Al gobernador romano que le preguntaba: «Entonces, ¿tú eres rey?», le contestó sin titubear: «Tú lo dices: soy Rey» (Jn 18, 37). La grandeza de este poder y la inmensidad infinita de este reinado están confirmados plenamente por las palabras del Señor a los Apóstoles: «Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra» (Mt 28, 18). […]

Sin embargo, eso no es todo. Cristo impera no sólo por derecho natural, como Hijo de Dios, sino también en virtud de un derecho adquirido. «Nos ha sacado del dominio de las tinieblas» (Col 1, 13) y «se entregó en rescate por todos» (1 Tim 2, 6). De ahí que no solamente los católicos y otros cristianos, que han recibido debidamente el Bautismo, sino todos y cada uno de los hombres se han convertido para Él en «un pueblo adquirido» (1 Pe 2, 9).

Así lo comenta con toda razón San Agustín: «Os preguntáis: ¿qué ha comprado Jesucristo? Ved lo que dio y sabréis lo que ha comprado: la sangre de Cristo es el precio de la compra. ¿Qué otro objeto puede tener tal valor? ¿Cuál si no es todo el orbe? ¿Cuál sino todas las naciones? Por el universo entero Cristo pagó semejante precio».[1] […]

«Hijo mío, dame tu corazón»

No obstante, a ese doble fundamento de su poder y su dominio, Jesús nos permite, en su benevolencia, añadir nuestra consagración voluntaria.

Dios y, a la vez, Redentor, posee plena y perfectamente todo lo que existe. Nosotros, por el contrario, somos tan pobres y desprovistos de todo que no tenemos nada que podamos ofrecerle en obsequio. Pero, por su bondad y caridad soberanas, no rechaza nada que le ofrezcamos y le consagremos, como si fuera nuestro,

Darío Iallorenzi

Sagrado Corazón de Jesús - Basílica de Nuestra Señora de Luján (Argentina)

lo que ya le pertenece. No sólo acepta tal ofrenda, sino que la desea y la pide: «Hijo mío, dame tu corazón».

Podemos, pues, serle enteramente agradables con nuestra buena voluntad y el afecto de nuestra alma. Consagrándonos a Él, reconocemos y aceptamos abierta y alegremente su poder y, además, testimoniamos que si lo que le ofrecemos fuera nuestro, se lo daríamos de todo corazón. […]

Motivo de esperanza para las naciones

Una consagración así les aporta también a los Estados la esperanza de una situación mejor; porque dicho acto de piedad puede establecer o reforzar los vínculos que unen naturalmente los asuntos públicos con Dios.

En los últimos tiempos, […] la autoridad de la jurisdicción sagrada y divina no se ha tenido en cuenta para nada, pretendiéndose que la religión no ostente ningún papel en la vida pública. Esta actitud llega hasta el punto de querer que se extinga la fe cristiana en el pueblo y, si fuera posible, incluso expulsar a Dios mismo de la tierra.

> *No sólo acepta que le consagremos lo que, de hecho, ya le pertenece, sino que lo desea y pide: «Hijo mío, dame tu corazón»*

Al estar las mentes humanas dominadas por tan insolente orgullo, ¿puede sorprender que la mayor parte de los hombres sea presa de profundas conturbaciones y sacudida por olas que no dejan a nadie libre de temores y peligros?

Cuando se pone de lado a la religión, ocurre fatalmente que los fundamentos más sólidos del bienestar público se desmoronan. Para darles a sus enemigos su merecido castigo, Dios los deja a merced de sus malas inclinaciones, de suerte que abandonándose a sus pasiones se entreguen a un libertinaje excesivo.

En ningún otro nombre se halla la salvación

De ahí procede esa abundancia de males que desde hace tiempo se ciernen sobre el mundo y que Nos obligan a pedirle ayuda al único que los puede repeler. ¿Y quién es este sino Jesucristo, Hijo unigénito de Dios?, «pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos» (Hch 4, 12). Cumple, por tanto, recurrir a Él, que es el camino, la verdad y la vida. [...]

Cuando la Iglesia, todavía próxima a sus tiempos originarios, estaba oprimida bajo el yugo de los césares, un joven emperador percibió en el cielo una cruz que le anunciaba y preparaba una magnífica y cercana victoria. Hoy se nos presenta ante nuestros ojos otro signo excelso y divino: el Sagrado Corazón de Jesús, rematado por la cruz y resplandeciente de fulgor rodeado de llamas.

En Él debemos depositar todas nuestras esperanzas; hemos de rogarle y esperar de Él la salvación de los hombres. ✧

Fragmentos de: LEÓN XIII. *Annum Sacrum*, 25/5/1899.
Traducción: Heraldos del Evangelio.

---

[1] SAN AGUSTÍN. *Enarrationes in Psalmos*. Psalmo 95, n.º 5.

Jesús resucita a la hija de Jairo - Catedral de Le Mans (Francia)

Francisco Lecaros

Evangelio

En aquel tiempo, [21] Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor y se quedó junto al mar. [22] Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, [23] rogándole con insistencia: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva». [24] Se fue con él y lo seguía mucha gente que lo apretujaba.

[25] Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. [26] Había sufrido mucho a manos de los médicos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. [27] Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, [28] pensando: «Con sólo tocarle el manto curaré». [29] Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. [30] Jesús, notando que había salido fuerza de Él, se volvió enseguida, en medio de la gente y preguntaba: «¿Quién me ha tocado el manto?». [31] Los discípulos le contestaban: «Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"». [32] Él seguía mirando alrededor, para ver a la

«Basta que tengas fe»

Al obrar la milagrosa curación de la hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo, Jesús enseña que las grandes gracias son concedidas a los que tienen más fe.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – El relato de San Marcos

El evangelista San Marcos se distingue por la sencillez de sus descripciones. Parco en comentarios, de lenguaje directo y poco dado a recursos literarios, desarrolla la narración en un estilo conciso, como ya hemos visto en artículos anteriores. Sin embargo, en los versículos que la liturgia de este decimotercer domingo del Tiempo Ordinario recoge, tales características no le impiden trazar con extrema viveza y elocuencia las maravillosas obras de Jesús, sorprendiéndonos por la riqueza de detalles que hacen que las escenas sean verdaderamente arrebatadoras. Casi podríamos juzgar innecesaria cualquier otra apreciación, pero la profundidad de la Palabra de Dios siempre permite

que había hecho esto. [33] La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que le había ocurrido, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. [34] Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad».

[35] Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?». [36] Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe». [37] No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. [38] Llegan a casa del jefe de la sinagoga y encuentra el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos [39] y después de entrar les dijo: «¿Qué estrépito y qué lloros son estos? La niña no está muerta; está dormida». [40] Se reían de Él. Pero Él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, [41] la cogió de la mano y le dijo: «*Talitha qumi*» (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate»). [42] La niña se levantó inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y quedaron fuera de sí llenos de estupor. [43] Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña (Mc 5, 21-43).

resaltar determinados aspectos capaces de tocar nuestras almas.

Como premisa, es importante considerar que este pasaje pone de relieve la humanidad de Jesucristo. Mientras que en los escritos de San Juan trasluce su nítida preocupación por subrayar los rasgos divinos del Salvador, sin perder de vista los humanos, en los de San Marcos notamos una intención armónicamente opuesta. Sabemos que el primero compuso su Evangelio impelido por el combate a las herejías gnósticas de su tiempo. ¿Qué habrá movido a este discípulo de San Pedro a seguir el camino inverso? Analicemos el texto sagrado.

Mientras que en los escritos de San Juan trasluce su nítida preocupación por subrayar los rasgos divinos del Salvador, en los de San Marcos notamos una intención armónicamente opuesta

II – Armonía entre la divinidad y la humanidad en la Persona de Jesucristo

En aquel tiempo, [21] Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor y se quedó junto al mar.

Cristo, en una extraordinaria manifestación de poder, acababa de expulsar a una legión de demonios del poseso de Gerasa (cf. Mc 5, 1-16). Uno de ellos, portavoz de los espíritus impuros, le suplicó que no los echara de aquella comarca, sino que los enviara a una piara de cerdos que estaba paciendo por allí. Jesús se lo permitió y los animales se abalanzaron acantilado abajo al mar y se ahogaron. Después de recomendarle al exorcizado que volviera con los suyos y les contara lo que el Señor había hecho por él (cf. Mc 5, 19), el Maestro inició la travesía del mar de Galilea. Antes de que alcanzara la otra orilla, la noticia de su llegada ya se había difundido, pues en aquella época, a pesar de que casi sólo existía la comunicación oral, las novedades corrían como un relámpago. Al bajar de la barca, la playa se encontraba repleta de gente deseosa de verlo y de impregnarse de sus doctrinas.

Un jefe de la sinagoga ajeno a los preconceptos farisaicos

[22] Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, [23] rogándole con insistencia: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva». [24] Se fue con él y lo seguía mucha gente que lo apretujaba.

Para estar a la altura del cargo de jefe de la sinagoga, Jairo ciertamente poseía títulos y una buena posición social. Pero, consciente de que sus conocimientos no significaban nada al lado de la sabiduría de Nuestro Señor, por quien profesaba una auténtica admiración, fue en busca de Jesús para implorarle la curación de su hija, que agonizaba. Al verlo, se postró ante Él —que era una prueba de completa sumisión— y, reconociendo

Predicación de Jesús en el lago de Tiberíades, por Joseph Alfred Ballet du Poisat
Museo Municipal de Bourg-en-Bresse (Francia)

su fuerza y su poder, le rogó que impusiera sus manos sobre la niña. Esa era una costumbre que existía entre los sacerdotes cuando rezaban por los enfermos, la cual también fue adoptada por Jesús en varias ocasiones (cf. Mc 6, 5; 8, 23.25; etc.). Considerando su fe, el Señor quiso atenderlo.

Mientras se dirigía a la casa de Jairo, el divino Médico era seguido por una gran muchedumbre que «lo apretujaba», pues todos ansiaban acercarse a Él para escuchar sus palabras o hacerle alguna petición.

Una mujer que estaba perdiendo la vida poco a poco

[25] Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. [26] Había sufrido mucho a manos de los médicos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor.

La sangre es señal de vida y, como es natural, perderla de forma progresiva significa debilitarse. La enferma se había gastado todos sus bienes en numerosos tratamientos, pero los médicos no obtuvieron la curación a la que aspiraba y la dejaron en la ruina. Había llamado a todas las puertas sin ningún resultado; ¡y bien podemos imaginar los sufrimientos a los que fue sometida como consecuencia de los escasos recursos de aquel tiempo! Pero, a pesar de los fracasos, mantenía el ánimo y la esperanza encendidos.

Fe y constancia para lograr su curación

[27] Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, [28] pensando: «Con sólo tocarle el manto curaré». [29] Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado.

Este versículo nos muestra la enorme fama de la que Jesús gozaba entre el pueblo, hasta el punto de difundirse que bastaba con tocarle sus ropas o ser cubierto por su sombra para quedar sano. Era, sin duda, una gloria impresionante.

Alentada por lo que había oído acerca del Señor, esa mujer de fe robusta pensó: «¡He ahí la solución!», y decidió tocar el manto del divino Redentor, convencida de que únicamente con

La curación de la hemorroísa
Museo de Bellas Artes, Sevilla (España)

eso se resolvería su problema. Podría haber creído que con una súplica a distancia ya era suficiente; sin embargo, la fe infundida por Dios en su alma le indicaba que la gracia estaba condicionada al gesto de «tocarle el manto». De este modo quedaría patente que la salud le vino del Maestro, sin dar margen a la sospecha de que la hubiera conseguido por la intervención de un ángel o de cualquier otro factor.

Ahora bien, la pobre señora tenía pánico de presentarse delante del Mesías, no sólo por timidez, sino también porque sabía que las circunstancias le eran desfavorables para expresar en público su pedido, puesto que su enfermedad la hacía legalmente impura (cf. Lev 15, 25). Recordemos que las mujeres, en aquella época, y en particular entre los israelitas, eran relegadas socialmente a un plano inferior y entonces sería inapropiado que una hija del pueblo elegido adoptara una actitud como la que tuvo la cananea —pagana, ajena a las costumbres judaicas— al aproximarse al

La hemorroísa había llamado a todas las puertas sin ningún resultado, y bien podemos imaginar los sufrimientos a los que fue sometida

Señor gritando dramáticamente para implorarle su ayuda (cf. Mc 7, 24-30; Mt 15, 21-28). Pero la fe impulsaba a la enferma. Así pues, aun viéndose apretujada por la muchedumbre, se fue acercando poco a poco hasta que, quizá después de varios intentos, encontró un hueco por el cual extendió el brazo y logró tocar la orla del manto de Jesús. Y enseguida quedó curada.

Este pasaje nos enseña que, a veces, para conseguir una gracia especial debemos perseverar ante las dificultades, soportando empujones, desprecios e incluso rechazos.

Pregunta humana, con intención divina

30 Jesús, notando que había salido fuerza de Él, se volvió enseguida, en medio de la gente y preguntaba: «¿Quién me ha tocado el manto?». 31 Los discípulos le contestaban: «Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"». 32 Él seguía mirando alrededor, para ver a la que había hecho esto.

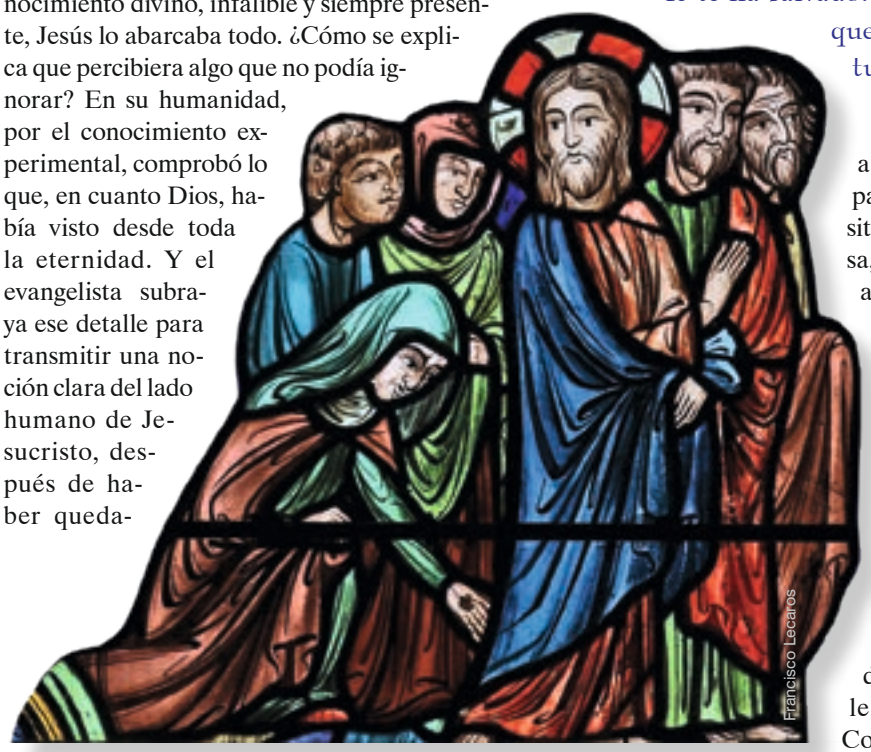
Jesús condicionaba la realización del milagro a la fe —unas veces sólida, otras veces escasa— que encontraba en las almas

A primera vista causa cierta extrañeza la expresión utilizada por San Marcos: «notando que había salido fuerza de Él». De hecho, por su conocimiento divino, infalible y siempre presente, Jesús lo abarcaba todo. ¿Cómo se explica que percibiera algo que no podía ignorar? En su humanidad, por el conocimiento experimental, comprobó lo que, en cuanto Dios, había visto desde toda la eternidad. Y el evangelista subraya ese detalle para transmitir una noción clara del lado humano de Jesucristo, después de haber quedado patente su divinidad por lo instantáneo de la curación.

Aunque podía haber dejado marchar a la mujer, quiso preguntar quién lo había tocado, para avivar la atención de los Apóstoles e invitar a la mujer a que diera su testimonio, como afirma San Jerónimo: «¿Es que acaso el Señor no sabía quién lo había tocado? ¿Por qué, pues, la buscaba? Claro que lo sabía, pero deseaba que ella misma lo pusiera de manifiesto. […] Si no hubiera formulado la pregunta […], nadie se habría dado cuenta de que se había producido un milagro. […] Por esa razón hace la pregunta, para que aquella mujer lo reconozca públicamente y Dios sea glorificado».[1] El Hombre Dios demostraba así que la curación había sido llevada a cabo por Él, para evitar que el demonio inculcara en la mujer la idea de que había sido una mera coincidencia o fruto de una fuerza psicológica, como sustentan los racionalistas al analizar tales hechos.

La fe y el amor conquistan la vida divina

33 La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que le había ocurrido, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. 34 Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad».



La curación de la hemorroísa - Catedral de Notre Dame de Coutances (Francia)

En lugar de salir apresuradamente para escapar de una situación embarazosa, la mujer prefirió acusarse, tal vez temiendo que si no lo hacía podría perder la salud que le acababa de ser restituida. Por eso se arrodilló delante de Jesús temblando, pero confiando en su misericordia, y contó lo que le había sucedido. Conducta loable, la cual indica cómo era

una persona humilde, de conciencia recta y con tendencia a ser escrupulosa, pues imaginaba que le había robado algo al Señor y deseaba devolvérselo, pero sin que le fuera retirado el beneficio obtenido.

La respuesta del Salvador nos permite conjeturar que la miró con gran complacencia y bondad. La llama «hija», lo que significa que pasó a gozar de su naturaleza divina. Sí, en aquel instante tuvo tal arrobamiento y admiración por el Hijo de Dios, llegando incluso a la adoración, que le fue infundida la gracia santificante, porque como enseña Santo Tomás de Aquino,[2] cuando la criatura racional se ordena a su debido fin ya está justificada. La vida sobrenatural penetra en quien se entusiasma y se encanta con algo superior, hasta el punto de amarlo más que a sí mismo. Sobre este asunto comenta San Juan Crisóstomo: «Hija suya, efectivamente, la había hecho la fe».[3] ¡Qué gloria haber recibido este título de los labios de Jesucristo!

La resurrección de la hija de Jairo - Iglesia de Nuestra Señora de la Consolación, Nueva York

Al mismo tiempo, las palabras «tu fe te ha salvado» indican que el restablecimiento también se dio en razón de esta virtud. Ésta es la que nos une a Dios y, por ese motivo, quien la posee en grado sumo alcanza una fuerza venida de lo alto. Es innegable que Jesús podría curar únicamente en función de su voluntad omnipotente. Sin embargo, condicionaba la realización del milagro a la fe —unas veces sólida, otras veces escasa— que encontraba en las almas.[4] Donde ésta no existía, de ordinario Él no obraba ningún milagro (cf. Mc 6, 5). No consta, por ejemplo, que ninguno de los fariseos que se habían acercado al Señor fuera curado.

El Señor estimula al padre afligido a crecer en la confianza

> [35] Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?». [36] Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe». [37] No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

Podemos imaginar la conmoción de Jairo ante la noticia del fallecimiento de su hija, aún más por ser una época en que el sentido familiar estaba mucho más arraigado que hoy y la paternidad se ejercía de forma vigorosa. Como el entierro ya debía estar siendo preparado, los empleados, al temer que la llegada de Jesús acompañado por la turba provocara un tumulto no pequeño en tan trágicas circunstancias, quisieron evitar que el Maestro fuera.

Con todo, Jesús, en un desvelo propio a inspirar las costumbres del *Ancien Régime*, fortaleció la confianza de Jairo. El consejo: «No temas, te basta con creer y tu hija sanará —según San Agustín— no es un reproche a quien desconfía, sino una confirmación a quien creía más intensamente».[5] ¡La niña estaba muerta! Sus articulaciones enrigidecían, su cadáver quedaba gélido, listo para ser embalsamado, envuelto en vendas y sepultado en una gruta. Si la hija, por lo tanto, ya no tenía posibilidad de practicar un acto de fe, el padre lo hacía, al presentarle su petición al divino Maestro. Es probable incluso que durante el camino, en compañía de Cristo, reafirmara en su interior, cada vez con más fervor, la certeza de la resurrección de su hija. La fe del jefe de la sinagoga, así como la de los tres apóstoles escogidos por Jesús para acompañarle, hizo que su intervención fuera del todo posible, pues a menudo es a través de la creencia de terceros cuando se establece la conexión entre la omnipotencia de Cristo y la realización del milagro. Si Jairo hubiera pensado que la muer-

A menudo es a través de la creencia de terceros cuando se establece la conexión entre la omnipotencia de Cristo y la realización del milagro

te de su hija excusaba la presencia del Salvador, no habría obtenido el beneficio de su resurrección.

Esa es la fe que debemos tener, sobre todo en los momentos más difíciles de nuestra vida. Dada la importancia de esta virtud, es contra ella que el demonio más embiste, tratando de disminuirla, debilitarla y mermarla, para impedirnos lograr aquello que necesitamos. Siguiendo las enseñanzas del divino Maestro en esta liturgia, ¡basta con tener fe! Creamos en su misericordia más allá de la realidad aparente, recordando que, cuando imploramos alguna gracia útil para nuestra salvación, para el bien del prójimo y la gloria de la Santa Iglesia, Dios tiene más empeño en darla que nosotros en recibirla. En verdad, nuestro deseo fue precedido por el suyo, desde siempre.

La resurrección de la hija de Jairo - Iglesia de San Pedro, Burdeos (Francia)

Quien no tiene fe constituye un impedimento para la acción de la gracia y pesa negativamente en la comunión de los santos

Sólo los que tienen fe presencian el milagro

38 Llegan a casa del jefe de la sinagoga y encuentra el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos 39 y después de entrar les dijo: «¿Qué estrépito y qué lloros son estos? La niña no está muerta; está dormida». 40 Se reían de Él. Pero Él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña,…

La comitiva se encuentra a la puerta de la casa con un escenario de agitación propio del espíritu manifestativo de los orientales: unos lloraban, otros gritaban, todos estaban conmocionados. La primera preocupación de Jesús fue la de calmarlos, afirmando que la niña solamente dormía. En efecto, la niña «estaba muerta para los hombres, que no habían sido capaces de resucitarla, y para Dios, dormía, a cuya disposición vivía su alma retirada, y su cuerpo permanecía tranquilo para ser resucitado».[6] Para Él, en cuanto Dios, la muerte no pasa de un simple sueño, susceptible de ser interrumpido en cualquier instante por su poder, pues será Él mismo quien resucitará a toda la humanidad el último día. Y en la hija de Jairo podemos contemplar simbólicamente nuestra propia imagen en la tumba, deteriorada por el tiempo, a la espera del momento en que, a una orden del Supremo Juez y por su poder, nuestro cuerpo se unirá a nuestra alma en el estado que le corresponda a cada una.

Sin embargo, los circunstantes, como eran unos incrédulos, juzgaban que Jesús se equivocaba, porque el cuerpo de la niña ya estaba inerte, y entonces empezaron a reírse de Él, demostrando con ello que su llanto era fingido y egoísta; si fuera auténtico, continuarían llorando sin preocuparse con lo que Él decía.

Por ese motivo, Jesús ordenó que todos se retirasen, a excepción del padre, de la madre y de los tres discípulos, los únicos con fe en aquel ambiente. Quien no tiene fe constituye un impedimento para la acción de la gracia y pesa negativamente en la comunión de los santos. Signo de que los escépticos obstruyen el progreso espiritual en su propio medio. En relación con ellos, debemos tener una prudente cautela para no perder gracias por su mala influencia. Vemos también en esta escena cómo Dios aprecia los lazos familiares, pues resucita a la niña sobre todo por causa de sus padres. Bien podemos suponer que ambos se hayan salvado y que hoy estén regocijándose en el Cielo.

El Señor resalta su humanidad con un gran milagro

41 …la cogió de la mano y le dijo: «*Talitha qumi*» (que significa: «Contigo ha-

blo, niña, levántate»). [42] La niña se levantó inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y quedaron fuera de sí llenos de estupor.

Una vez más San Marcos presenta conjugados los aspectos divinos y humanos del Maestro. Pone de relieve su humanidad al contar que Jesús quiso ir hasta la casa de Jairo, coger la mano de la niña y ordenarle que se levantara. ¿Sería necesario este recorrido, algún gesto o cualquier palabra? No, pues Él es Dios y desde lejos habría podido impedir la muerte o realizado la resurrección. Pero procedió así para dejar claro que aquella era una obra suya, y para que la niña, al despertar, sintiese que estaba en sus manos. De esta manera, demuestra que es hombre, aun al realizar milagros, y en la eficacia de su verbo resalta su divinidad.

Nueva delicadeza del Hombre Dios

[43] Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

Jesús prohibió que fuera divulgado lo ocurrido, porque en aquellas circunstancias no era conveniente que un signo tan portentoso se diera a conocer. Es muy bonito que conste en la narración evangélica su preocupación por la comida de la niña, que el padre y la madre, impresionados por el acontecimiento, probablemente olvidaron. Tal delicadeza nos revela cómo el celo de todas las madres del mundo, sumado, no equivale al cuidado que Él tiene por una sola persona. Ahora bien, siendo Dios, ¿no podría eliminar el hambre de la pequeña? Pues, ¿qué era más fácil: satisfacerle milagrosamente el apetito o hacerla volver a la vida? Sin embargo, quiso que los padres le dieran de comer, por dos razones. En primer lugar, para que comprobaran que su hija de hecho estaba viva, conforme asevera San Jerónimo: «Cada vez que resucitó a un muerto, ordenó que se le diera de comer, para que no se pensara que la resurrección era una fantasmagoría».[7] Luego, para mostrarnos cuánto ama el orden natural de las cosas, ya que lo más apropiado era que los padres adoptaran las correspondientes medidas para alimentar a su hija, debilitada por una enfermedad mortal; sin duda, ahora su salud estaría mejor que antes, pero una buena comida era conveniente para recuperar las energías.

III – La vida divina también debe brillar en nuestra humanidad

Al recorrer este rico Evangelio —el relato más detallado entre los registros sinópticos del mismo episodio—, contemplamos la armonía perfecta entre los aspectos humanos y divinos de Jesucristo. Según explica Santo Tomás de Aquino: «Cristo había venido a salvar al mundo no sólo con el poder de su divinidad, sino asimismo mediante el misterio de su encarnación. Y por esto, con frecuencia, cuando curaba a los enfermos no usaba sólo del poder divino, simplemente ordenando, sino que también añadía algo de parte de su humanidad».[8] Ante este verdadero caleidoscopio de manifestaciones, ora de una naturaleza, ora de otra, en la Persona divina de Jesús, debemos analizar con atención sus relaciones con los hombres a lo largo de su vida terre-

Jesús quiso que los padres le dieran de comer para que comprobaran que su hija de hecho estaba viva y mostrarnos cuánto ama el orden natural de las cosas

La resurrección de la hija de Jairo - Museo del Real Monasterio de El Escorial (España)

na, para poder contemplarlo en toda su grandeza.

Con igual agudeza necesitamos procurar entender lo que pasa a nuestro alrededor. Como resultado de una fe poco firme, tendemos a concebir la realidad bajo un prisma estrictamente humano, menospreciando la visión sobrenatural. No obstante, la existencia humana siempre está sujeta a la influencia del mundo invisible y, por lo tanto, a nuestras tendencias se le asocia la acción de un demonio o de un ángel. Así como es imposible considerar al Señor solamente como hombre, ignorando la unión hipostática, del mismo modo es un grave error olvidarnos de que, por el Bautismo, cada cristiano, siendo mera criatura, ascendió a la participación en la vida divina. Esto hace que todas nuestras decisiones estén marcadas por la gracia o por su ausencia. Sepamos distinguir por cuáles de estos factores somos influenciados. ¿Serán ángeles o demonios? ¿La gracia o los instintos desordenados? ¿La virtud o el vicio? Con esta directriz lo veremos todo no ya en dos dimensiones, sino desde la perspectiva de la eternidad.

Cristo Bendicente - Museo del Hermitage, San Petersburgo (Rusia)

Jesús siempre está dispuesto a curarnos, no sólo de los males físicos, sino, sobre todo, de los morales, para restaurarnos en el alma la inocencia

Amor humano de magnitud infinita

Por causa de la culpa original y de los pecados actuales, las puertas del Cielo estaban cerradas para nosotros y merecíamos la muerte eterna. Sin embargo, el Verbo, habiéndose encarnado, experimenta en su humanidad sentimientos de inmensa compasión hacia nosotros. ¿En cuántas ocasiones, viendo partir de este mundo a un ser querido, no habríamos deseado morir en su lugar? Ahora bien, Jesucristo nos amó de tal manera que se entregó por nosotros y nos rescató con su sacrificio, franqueándonos el acceso a la vida verdadera. Meditar sobre esta maravilla nos proporciona un beneficio monumental, porque frecuentemente somos asaltados por aflicciones, tentaciones, miedos, y a veces incurrimos en funestos delitos; pero si el Señor cura, resucita y perdona, tiene poder para suavizar nuestros problemas y levantarnos de cualquier caída. ¿Qué es necesario de nuestra parte?: ¡Basta que tengamos fe!

La hemorroísa, figura del pecador que aún tiene fe

En este sentido, la hemorroísa, que «se había puesto peor», es la imagen de aquel que, privado del flujo vital de la gracia y de la energía sobrenatural, después de cometer una falta grave, va detrás de falsos remedios y busca la felicidad donde no está, juntándose con malas amistades y optando por ciertas compañías que lo desvían del buen camino. Y cuanto más esfuerzo hace para satisfacer sus anhelos, tanto más se consume y se aparta de aquello que engañosamente procura; el brillo de la inteligencia y la fuerza de voluntad disminuyen; el dinamismo del alma se disipa. Perdidas por el pecado las virtudes y los dones, sólo le resta un resquicio de esperanza y un «tendón» de fe. A medida que reincide en nuevas transgresiones, también éstos se van apagando poco a poco.

---

[1] SAN JERÓNIMO. Tratado sobre el Evangelio de San Marcos. Homilía III (5, 30-43). In: *Obras Completas. Obras Homiléticas*. Madrid: BAC, 1999, v. I, p. 853.

[2] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 89, a. 6.

[3] SAN JUAN CRISÓSTOMO. Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (1-45). Homilía XXXI, n.º 2. In: *Obras*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2007, v. I, p .619.

[4] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., III, q. 43, a. 2, ad 1.

Para evitar que eso suceda es indispensable que, si caemos, nos arrepintamos y digamos suplicantes: «Señor, merezco todos los castigos y, quizá, el Infierno. Pero pido perdón por mis crímenes con ardorosa fe en vuestro poder». Tengamos confianza en que Jesús siempre está dispuesto a curarnos, no sólo de los males físicos, sino, sobre todo, de los morales, para restaurarnos en el alma la inocencia, así como restituyó la salud a la hemorroísa. A tal punto se preocupa en revitalizar el alma, de preferencia al cuerpo, que a la Iglesia no le legó algo a la manera de un cajero automático para curar enfermedades, en donde los enfermos se arrodillan y salen restablecidos, sino que instituyó el sacramento de la Penitencia, con el que no contaron los eminentes varones del Antiguo Testamento. En aquel entonces, nadie podía recurrir a un sacerdote para acusarse de sus faltas y ser absuelto, con la certeza de quedar limpio de toda culpa. ¡Qué gran don puso a nuestro alcance el divino Redentor!

¡Nosotros tenemos la Eucaristía!

A ejemplo de los protagonistas del pasaje del Evangelio de este decimotercer domingo del Tiempo Ordinario, aproximémonos al Señor y Él nos prodigará sus favores. En el sacramento de la Eucaristía, más que estrechar la mano que levantó la niña en el lecho de muerte o tocar el manto cuyo contacto devolvió la salud a la mujer, cada uno de nosotros recibe a Jesús en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Si Él se da totalmente a nosotros, ¿no nos curará de las miserias, solucionará nuestras dificultades espirituales e, incluso, suplirá las carencias materiales? Pidamos a Jesús, por intercesión de María, una fe mayor que la de la hemorroísa y la de Jairo, para beneficiarnos de todos los tesoros que por su misericordia nos quiere conceder. ✧

Adoración Eucarística en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

En el sacramento de la Eucaristía, más que estrechar la mano que levantó la niña en el lecho de muerte o tocar el manto cuyo contacto devolvió la salud a la mujer, cada uno de nosotros recibe a Jesús en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad

---

[5] SAN AGUSTÍN. De consensu evangelistarum. L. II, c. 28, n.º 66. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1992, v. XXIX, p. 377.

[6] SAN BEDA. *In Marci Evangelium Expositio*. L. II, c. 5: ML 92, 182.

[7] SAN JERÓNIMO. Contra Joviniano. L. II, c. 17. In: *Obras Completas. Tratados apologéticos*. Madrid: BAC, 2009, v. VIII, pp. 339; 341.

[8] SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., III, q. 44, a. 3, ad 2.

Escondido en las brumas de la Historia... ¡un rey mártir!

A semejanza del Rey del Universo, que nació en una gélida gruta y murió crucificado por los jefes del mundo, Luis XVII inició su reinado en una prisión y cargó sobre sí, hasta la muerte, el pesado yugo del odio revolucionario.

Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas, EP

París, 21 de enero de 1793. El redoble de los tambores suena por toda la ciudad, acompañado del bramido de una multitud sedienta de sangre. De repente, un espantoso silencio se apodera de la plaza cuando el criminal llega al cadalso.

¿Criminal? Sí. ¿Qué ley había quebrantado? La ley que «la libertad, la igualdad y la fraternidad» habían impuesto a la nación: la monarquía era «opresora» y, por tanto, debía ser exterminada. El «crimen» de este reo consistía en ser rey de Francia, razón por la cual estaba siendo tratado como el peor de los delincuentes.

El silencio se prolonga unos instantes más en la plaza, pues en los corazones de los franceses allí presentes, por increíble que parezca, aún palpitan restos de respeto por la jerarquía y de amor a la nobleza. Meses antes aclamaban con entusiasmo al rey Luis XVI, al cual ahora contemplan siendo entregado a la muerte, para luego comparecer ante el justo juicio de Dios.

Se produce un último toque de tambores y la implacable cuchilla de la guillotina cae sobre la cabeza del infeliz monarca.

El «vino bueno» de la realeza francesa

Para unos, la noticia de la muerte del rey les causó terror y consternación; para otros, fue motivo de bailes y canciones, que rápidamente culminaron en verdaderas orgías, propias a la vileza de espíritu que la Revolución francesa propagaba entre sus adeptos.

Sin embargo, la mano de Dios, que tan bondadosamente había conducido a la *Hija primogénita de la Iglesia* a lo largo de los siglos —desde el Bautismo de Clodoveo, atravesando el reinado del gran Carlos y regocijándose con la virtud de San Luis IX, hasta llegar a aquel horrible día—, no se había apartado de ella. Estaba reservado para Francia, así como para toda la Historia, el «vino bueno» de su realeza: ¡un niño!

Sí, un niño, que lloraba amargamente la pérdida de su padre y yacía prisionero abrazado a su madre, desde entonces una pobre viuda. Sobre este jovencito de tan sólo 7 años recaía el manto de los Reyes Cristianísimos, el cual, a su vez, crecería en dignidad al cubrir a un crío inocente coronado por el dolor y por el martirio.

El delfín Louis-Charles, nacido el 27 de marzo de 1785, hijo de la ilustre princesa de Austria y reina de Francia, María Antonieta, y del rey Luis XVI, ya estaba siendo aclamado como Luis XVII por todas las naciones de Europa y por los franceses que se mantenían fieles a la monarquía.

Un reinado marcado por la fidelidad en medio de la tragedia

«*Vive le Roi ! Vive Louis XVII !*», era el grito que resonaba en las tropas católicas de la Vendée y en el ejército del duque de Condé. Sin embargo, a semejanza del Rey del Universo, que nació en una gélida gruta perseguido por los jefes del mundo, el pequeño Luis XVII vivió los primeros días de su reinado en una prisión, cargando sobre sí el pesado yugo del odio y de la indignación revolucionaria.

Sabían los fautores de la Revolución que por este niño pasaba la hebra dorada de la realeza de Francia, cuya monarquía casi legendaria había impregnado con su perfume los siglos de la cristiandad. Y sabían, por tanto, que la historia del pequeño monarca definiría el futuro de Europa y de la civilización cristiana.

Fotos: Reproducción

María Antonieta con sus hijos Marie-Thérèse, Louis-Charles (en su regazo) y Louis-Joseph, por Élisabeth Vigée-Le Brun - Palacio de Versalles (Francia)

Ante su deseo de derrumbar cualquier tradición sana, llevar a la ruina el orden establecido por la Santa Iglesia en las costumbres e implantar el caos y la igualdad en las almas y en los pueblos, planearon maquiavélicamente la misteriosa desaparición de ese joven rey. Para tal, comenzaron por separarlo de la única que podría ampararlo, sustentarlo y aconsejarlo en aquellas dramáticas circunstancias: su madre.

Durante la tragedia más sublime de la Historia de los hombres, la Pasión del Señor, se dio una escena lacerante y desgarradora: el encuentro de Jesús con su Madre y la solemne despedida de ambos en el Calvario. Después de entregarla al apóstol Juan, el divino Redentor expiró, separándose físicamente de aquella que, entre todas las criaturas, era la más amada de su Sagrado Corazón.

¿Quién puede hacerse una idea de los dolores que esa separación causó en el Inmaculado Corazón de María? ¡Nadie! Porque no ha habido una madre que amara tanto a su hijo como la Virgen Santísima amó al suyo, ¡que era Dios mismo!

Era necesario que un inocente sufriera por su pueblo. Así, arrancado lejos del cariño y de los cuidados maternos, Luis XVII inició su doloroso calvario

Siglos después hubo una madre que —guardando las debidas proporciones— sufrió en la cárcel de la torre del Temple análogos dolores a los de Nuestra Señora al ver cómo le arrancaban de los brazos a su amado hijito, el delfín de Francia.

Llantos, amenazas, gritos y lamentaciones… Nada conmovió los corazones endurecidos de aquellos revolucionarios. Al ver que todos sus esfuerzos caían en el vacío, María Antonieta, cuya rubia cabellera se había vuelto blanca por los horribles sufrimientos de la prisión, comprendió, finalmente, que aquel tormento era permitido por Dios por razones que ella no lograba entender. Recordando el martirio supremo que Él mismo había abrazado por amor a los hombres, se armó del valor que había animado a la Santísima Virgen a estar de pie ante su Hijo agonizante y, con santo heroísmo, le dijo al pequeño: «Pues sí, hijo mío, hay que obedecer; hay que hacerlo».[1] Con su corazón materno traspasado de dolor, soltó la mano del niño, el cual acabó aceptando que su elevada condición de rey le exigía, en ese momento, un cruel padecimiento.

Era necesario, de hecho, que un inocente sufriera por el pecado de su pueblo. Así, arrancado lejos del cariño y de los cuidados maternos, Luis XVII inició su doloroso calvario.

Cruel y lento martirio, padecido con santidad

Llevado a otro compartimento de la torre del Temple, el delfín fue entregado en las manos de Simón, el zapatero, un «fiel patriota», dado a la borrachera y a las más depravadas costumbres. Este individuo sería el «educador» de Luis XVII, que tan sólo tenía 8 años.

Aprovechándose de su pueril ingenuidad, el zapatero le enseñaba canciones revolucionarias y lo embriagaba en numerosas ocasiones para que pronunciara injurias a la corona y firmara documentos que favorecía al nuevo «Gobierno» francés.[2]

Es difícil describir en pocas líneas la condición lastimosa en que los malos tratos de Simón habían dejado al pequeño rey… Su salud quedó profundamente afectada; su fisonomía, antes dulce y sonriente, se vio marcada por la tristeza, y su semblante, enflaquecido y pálido; sus miembros alargados y desproporcionados, su espalda, curvada, y su postura, abatida.[3]

No obstante, la personalidad del joven Luis se mantenía firme. En los momentos de lucidez, se oponía enérgicamente a cualquier sugerencia de Simón y por eso era castigado con injurias furibundas, bofetadas, patadas e incluso agresiones bastante violentas, como la de ser agarrado y sacudido en el aire hasta dejarle todo el cuerpo descoyuntado.[4]

La cólera del impío zapatero estaba tan descontrolada que un día, al constatar que no conseguiría de ninguna forma obligar al niño a decir un «¡Viva la República!», lo tuvo que sujetar un conocido, que allí estaba presente, para que no acabara matándolo a base de golpes…

Delante de tanto horror, empero, el delfín daba constantes muestras de virtud y paciencia. Un ejemplo conmovedor se dio a propósito del hecho recién narrado. Cuenta la Historia que, «al día siguiente, cuando ese mismo conocido regresó a los aposentos de Simón fue sorprendido por parte de Luis XVII con el obsequio de una manzana, quien le dijo que había guardado el postre de la víspera para dársela de regalo en agradecimiento por haberle salvado la vida».[5] De hecho, a pesar de estar exhausto por las torturas y por la prisión, el joven rey jamás perdió su nobleza de alma y de sangre; al contrario, el sufrimiento no hizo más que refinar en su corazón esas cualidades.

En muchas otras circunstancias Luis XVII brilló ante Dios por sus piadosas disposiciones. Una vez, Simón lo pilló rezando de madrugada arrodillado sobre su catre; al día siguiente, al ver al pequeño orando de nuevo, el bruto zapatero le sorprendió por la espalda con una palangana de agua helada que lo dejó completamente empapado, así como su cama. En otra ocasión, dio muestras de profundo desapego de sí mismo cuando, al ser interrogado sobre qué haría si los vandeanos restauraran el trono de Francia, respondió: «Te perdonaría».[6] La prueba más grande de su virtud, sin embargo, se encuentra sin duda en que «nunca formuló la mínima censura, ni la más leve acusación contra quienes lo habían torturado».[7]

Este joven rey fue un auténtico mártir de cuerpo y, ante todo, de alma. Su fidelidad a Dios y a Francia, en medio de tantos tormentos, marcó la Historia para siempre.

Nuevas y más lancinantes pruebas…

Como la Revolución siempre engaña a sus agentes, un cambio de poderes llevó al propio Simón a la guillotina. Entonces al pequeño delfín, casi destrozado por tantos malos tratos y con la salud enteramente depauperada, lo echaron en otra prisión y lo dejaron allí olvidado como enterrado vivo. Durante seis largos meses estuvo únicamente bajo la vigilancia de unos guardias. Ya había combatido, con el mismo heroísmo de sus antepasados, la influencia pecaminosa y satánica de Simón; ahora, tendría que enfrentar adversarios aún más crueles: el abandono, la soledad y el miedo.

Empezaba un nuevo «martirio incesante, de corazón y de espíritu, profundo y lancinante, totalmente inefable, conmovedor para todos, pero que sólo Dios pudo conocer. Aparentemente, al menos, no podía haber dejado de sentirse abandonado por los ángeles y por los suyos y entregado, indefenso, al odio, a la crueldad bárbara y a la grosería injuriosa de sus enemigos que no buscaban otra cosa que destruirlo a él y, en él, Francia, de la cual era su encarnación».[8]

¿Quién puede desvelar las enormes luchas interiores que esta joven alma libró en su soledad? El tiempo que pasó en prisión le parecía una eternidad… Los fantasmas del pavor atormentaban su tierno corazón y la angustia se apoderaba de su ser, antes tan lleno de fuerza y de coraje. Su cortísima vida se asemejaba a la peor de las pesadillas: alejado del respeto, las pompas y los honores a los que tenía derecho, sin la mínima ocupación que lo pudiera distraer, sin una palabra siquiera que lo animara y, sobre todo, sin nadie que lo amparara en aquella dura situación. Sus días transcurrían como años; y los meses, como décadas…

No obstante, mientras la Revolución esparcía el terror por Francia, la sangre de este rey, víctima de su propio pueblo, era presentada a Dios cual ofrenda de suave e irresistible olor.

Oprobio de la nación, cargó hasta la muerte con los pecados de su pueblo

Los meses pasaban y la dirección del Gobierno tomó, nuevamen-

Simón, el zapatero, y Luis XVII en el Temple en 1794, por Jean-Louis Prieur

En los momentos de lucidez, el delfín se oponía a las sugerencias de Simón y por eso era castigado con injurias furibundas, bofetadas y patadas

te, otros rumbos. Los responsables por el delfín —ahora menos radicales y odiosos—, al ver su espantoso estado, iniciaron los procedimientos para su recuperación. Pero la salud del niño estaba tan debilitada que los esfuerzos de los médicos fueron inútiles, que sólo sirvieron para prolongar su agonía…

Hay una lacerante frase de las Escrituras que se aplica al divino Llagado: «Soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo» (Sal 21, 7). Aquel joven rey de Francia, a semejanza de Cristo, tenía el cuerpo cubierto de úlceras, irreconocible, y no podía moverse sin dolor. Habiéndose convertido, como Jesús, en el oprobio de su nación, cargaba igualmente sobre sí los pecados de su pueblo. Por amor a los suyos, había de sorber hasta el final el cáliz que le había sido destinado.

En junio de 1795 llegaba, por fin, la postrera hora del pequeño mártir. En su lecho, con intensos dolores por todo el cuerpo, su fisonomía se volvió de repente plácida y serena. Uno de los que lo acompañaban, sujetándole la mano, le decía: «Espero que no estéis sufriendo en este momento…». Y recibió una respuesta llena de unción: «¡Oh, sí! Aún sufro, pero mucho menos: ¡la música es tan bonita!». Sorprendido y lleno de compasión, su acompañante le preguntó de qué parte venía la música, y le contestó: «¡De lo alto! ¡De entre todas las voces, he reconocido la de mi madre!».[9]

Poco después hubo relevo de carceleros. Cuando el nuevo guardia se acercó y percibió que el niño se encontraba en los últimos momentos

Luis XVII, por Alexander Kucharsky
Palacio de Versalles, Francia

El joven rey jamás perdió su nobleza de alma y de sangre; el sufrimiento no hizo más que refinar en su corazón esas cualidades

de su existencia le preguntó cómo se sentía. El pobre huerfanito, insistiendo en lo que había dicho anteriormente, le respondió: «¿Crees que mi hermana ha podido escuchar la música? ¡Qué bien le habría hecho!».[10] Ante tanta inocencia y nobleza de alma, del corazón de los que lo acompañaban brotó un respetuoso silencio.

Pasados unos instantes, con los ojos brillantes y bien abiertos, dando la impresión de estar en un éxtasis, el joven rey se incorporó con mucha dificultad y dijo: «Tengo que decir una cosa…».[11] Pero las fuerzas lo dejaron y los hombres no fueron dignos de oír las últimas palabras concebidas por su virginal corazón; quedaron como un secreto precioso que Dios quiso reservarse para sí. Con mucha calma, el niño recostó nuevamente la cabeza y entregó su alma al Sagrado Corazón de Jesús, aquel que, hacía más de cien años, había concedido a los soberanos de Francia el privilegio de su amistad, de su amor y de su predilección. Era el 8 de junio de 1795.

Finalmente, ¡los Cielos lo acogieron!

Ciertamente, el pequeño rey mártir enseguida pudo encontrar el consuelo y el reposo de todos sus tormentos en los brazos de Nuestra Señora. A este hijo de tantos dolores, a este heredero de tantos tesoros, a este guerrero que concentró en sí los más bellos y osados heroísmos de su linaje, María Santísima, Madre de Misericordia, no podría dejar de abrirle, con ternura, las puertas del Paraíso.

Aunque no ha sido beatificado por la Iglesia, Luis XVII es merecedor de toda nuestra admiración, nuestro arrobo y nuestro encanto, pues dejó un sublime ejemplo para los siglos futuros. Al aceptar con heroica grandeza sufrimientos muy por encima de sus fuerzas y soportar en beneficio de la nación los tormentos que ella misma le había infligido, nos enseñó a proceder como otros Cristos cuando los vientos de la tragedia golpean las puertas de nuestra alma. ✧

---

[1] ESCANDE, OP, Renaud (Dir.). *O livro negro da Revolução Francesa*. Lisboa: Alêtheia, 2010, p. 134.

[2] Cf. Ídem, p. 137.

[3] Cf. BEAUCHESNE, Alcide de. *Louis XVII, sa vie, son agonie, sa mort. Captivité de la famille royale au Temple*. 8.ª ed. Paris: Hachette, 1871, v. II, p. 163.

[4] Cf. ESCANDE, op. cit., pp. 137-138.

[5] Ídem, p. 138.

[6] Ídem, p. 136.

[7] Ídem, p. 143.

[8] Ídem, p. 141.

[9] Cf. BEAUCHESNE, op. cit., pp. 324-325.

[10] Cf. Ídem, p. 325. Referencia a María Teresa Carlota, *Madame Royale*, hermana mayor de Luis XVII y, como él, prisionera en uno de los compartimentos de la torre del Temple.

[11] Ídem, ibidem.

¿Consenso o convicción?

Destituido de cualquier principio verdadero, aquel hombre se posicionaba siempre del lado del ganador, fiel a su eterno partido, el de la mayoría… ¿Sería él un personaje del pasado o de nuestros días?

Vinícius Niero Lima

En aquel Parlamento muchos hablaban, otros gritaban, algunos vociferaban palabras vacías; todos al mismo tiempo, sin orden ni respeto. En un rincón, un hombre analizaba la escena: mientras la mayoría disputaba la palabra, él guardaba silencio, atento a la actitud de los circunstantes. El personaje era delgado, de mirada fría, nariz aquilina; nada en él poseía estética, todo era anguloso y de aspecto sombrío.

Entonces comenzó una votación: «Sí», decían los más atrevidos; «No», murmuraban algunos. El hombre escuálido esperaba el momento decisivo, pues no le gustaba manifestar su opinión sin haber sopesado previamente qué sería lo que más le beneficiaría. A cierta altura, aquel que había escrito horas antes un discurso a favor del «no», era llamado. «El buen calculador había contado los votos y comprobado que iba a quedar en minoría, el único partido al cual nunca pertenecerá; sube a la tribuna con paso silencioso y murmura: "La muerte"».[1]

Tan pronto como pronunció su voto, las miradas se fijaron en él. Sus amigos sintieron la puñalada que acababan de recibir, sin entender el juego que estaba ejecutando; sus enemigos esbozaron una cínica sonrisa de aprobación. En verdad, se trataba de alguien que, «debido a su reserva sutil, a la audacia de no tener ningún carácter, a su ausencia completa de convicciones»,[2] siempre se posicionaba, «tranquilamente y sin peligro, del lado del vencedor, en su eterno partido, el de la mayoría».[3]

Joseph Fouché[4] acababa de convertirse en un regicida.

Su ideal: verse libre de cualquier convicción

Era el 16 de enero de 1793. Por unos instantes el destino de Luis XVI pasó por las manos manchadas de aquel hombre, cuyo ideal era el de verse libre de cualquier convicción. Y optó por sentenciarlo a muerte. En consecuencia, la guillotina, inclemente e intolerante, cortaría días más tarde la cabeza del rey de Francia.

Cuando Fouché salió del Parlamento, el clima estaba ceniciento. Después de haber cometido tan horrendo crimen, el diputado de angulosa fisonomía caminaba tranquilamente por las calles de París, agitadas por una población en algarada.

Quizá, a lo largo de su trayecto, habría tratado de justificarse ante los asaltos de su pesarosa conciencia pensando: «Aunque durante mucho tiempo he estado investido de un poder oculto y terrible, sólo me he servido de él para calmar pasiones, disolver a los partidos y evitar las revueltas. Yo, que tanto me he esforzado por moderar y ablandar el poder, en conciliar o fundir los elementos contrarios y los intereses opuestos que dividían a Francia».[5]

En efecto, la engañosa bandera del consenso siempre tremola cuando, siendo necesario tomar una decisión, basada en principios verdaderos, capitula ante la mezquina mayoría, por miedo o por interés.[6]

---

[1] ZWEIG, Stefan. *Joseph Fouché. Retrato de um homem político*. Rio de Janeiro: Guanabara, 1942, p. 33.

[2] Ídem, p. 30.

[3] Ídem, p. 37.

[4] Joseph Fouché fue un influyente y discreto político en la Revolución francesa, de la que salió ileso; llegó a ser responsable del Ministerio de la Policía durante el Directorio y en el período napoleónico.

[5] FOUCHÉ, Joseph. *Memórias sobre Fouché*. São Paulo: José Olympio, 1946, p. 11.

[6] Observa Margaret Thatcher, ex primera ministra del Reino

Por espíritu de consenso, se niegan las convicciones

Pero ¿por qué recordar ese hecho histórico, ocurrido hace más de dos siglos? ¿Tendrá alguna enseñanza para nuestros días?

En un mundo de inestabilidad, inseguridad y, por tanto, de incertidumbre, como este en que vivimos, si nuestras convicciones con relación al bien, a la Iglesia y a Dios no están muy firmes, tambalearán ante la presión psicológica o incluso la persecución abierta hechas por aquellos que pretenden desfigurar o destruir cualquier presencia de lo sobrenatural en la tierra. Pues el instinto de sociabilidad impele a todo hombre a desear «quedar bien» con los demás, aunque esto suponga renegar de los principios adquiridos.

Un ejemplo paradigmático de esa realidad se encuentra en la Pasión del Señor: la misma población que lo saludó con hosannas el Domingo de Ramos, pocos días después —por espíritu de consenso— vociferaría el «¡Crucifícalo!», cometiendo el peor de los pecados de la Historia, el deicidio.

¿Cómo adquirir, pues, convicciones firmes, capaces de vencer cualquier desafío? ¿Dónde cimentarlas?

Las convicciones inquebrantables sólo nacen de la fe

Al explicar la definición de fe contenida en la Carta a los hebreos: «Sustancia de lo que se espera, *argumento de las realidades que no se ven*» (11, 1), Santo Tomás de Aquino observa que aquí el término *argumento* se emplea con vistas a indicar su efecto: por el argumento el intelecto es inducido a adherir a una verdad de la fe, que no se verifica a través de los sentidos. «Otra versión tiene la palabra *convicción*, porque el entendimiento del creyente es convencido por autoridad divina a asentir a lo que no ve».[7]

Por consiguiente, cuando la convicción proviene de la fe, ésta se robustece, despejando cualquier duda: «Diciendo *argumento* se distingue la fe de la opinión, de la sospecha y de la duda, que no dan al entendimiento adhesión primera e inquebrantable a una cosa».[8]

El Doctor Angélico no se detiene, sin embargo, en meras elucubraciones intelectuales. Más adelante afirma que «a la fe pertenece no sólo la credibilidad del corazón, sino también la confesión pública de la fe interior con palabras y obras exteriores».[9]

Por lo tanto, cuando la convicción es fruto de la fe, ésta tiende a expresarse en actitudes concretas, de modo que cuanto más se fortalece el alma en esa virtud, más la voluntad adhiere a los principios. Y como las virtudes son hermanas, la caridad, auxiliada por las certezas de la fe, se acrisola, haciendo que los actos de amor se vuelvan más firmes y profundos.

¡Ay de los «Fouchés» contemporáneos!

A la luz de esta doctrina, surgen algunas preguntas en cada uno de nosotros. Ante la persecución que la verdadera Iglesia sufre en tantos ambientes, ¿de qué lado estaré? Si me fuera pedido renegar de mis principios cristianos a favor de la opinión general, ¿qué responderé? ¿Seré contado entre los seguidores del consenso unanimista?

Quiera Dios que permanezcamos siempre cimentados y estables en la fe, inamovibles en la esperanza y ardientes en la caridad (cf. Col 1, 23), para que no ocurra que descubramos que las fuertes convicciones que creíamos tener en realidad eran torpes frutos de un deletéreo consenso. Frente a éste, nunca dobleguemos nuestra inteligencia ni nuestra voluntad, cuales infames «Fouchés» contemporáneos. ✧

El consenso siempre tremola cuando, siendo necesario tomar una decisión firme, capitula ante la mezquina mayoría

Grabado alemán representando la ejecución de Luis XVI. En la página anterior, retrato de Josep Fouché - Palacio de Versalles (Francia)

Unido: «Para mí, consenso parece ser el proceso de abandonar todas las creencias, principios, valores y políticas en busca de algo en lo que nadie cree, pero a lo que nadie se opone; el proceso de evitar los problemas que hay que resolver, simplemente porque no se logra llegar a un acuerdo sobre el camino a seguir. ¿Qué gran causa habría luchado y ganado bajo la bandera "Estoy a favor del consenso"?» (THATCHER, Margaret. *Speech at Monash University*, 6/10/1981. In: www.margaretthatcher.org).

[7] SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 4, a. 1.

[8] Ídem, ibídem.

[9] Ídem, q. 12, a. 1, ad 2.

Nuestra Señora del Santísimo Sacramento

Al considerar la vida de María, se suele tener en vista su presencia en Belén, en Nazaret o en el Calvario, pero se deja de lado el tiempo en que, ya sin la presencia humana de Jesús, Ella continuó en su compañía a través de las especies consagradas.

P. Rafael Ramón Ibarguren Schindler, EP

Fue San Pedro Julián Eymard quien, al fundar la Congregación del Santísimo Sacramento, en 1856, llevó a la máxima exaltación el culto a la Eucaristía mediante su exposición perpetua y solemne; esa es la originalidad de su fundación.

Su celo lo impulsó a ambicionar y a trabajar con empeño para que la Adoración Perpetua se estableciese en el Cenáculo, en el propio lugar en que Nuestro Señor instituyó el divino Sacramento. Pero, a pesar de sus esfuerzos para lograr ese objetivo tan simbólico y genial, no pudo concretizarlo.

La Última Cena (detalle), por Fra Angélico
Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Como no podía dejar de ser, este santo también era un gran devoto de María Santísima, de quien recibió la inspiración y el ánimo para crear su providencial congregación. Escribió, para provecho de sus hijos espirituales, una breve meditación mariano-eucarística, sintetizada por uno de sus discípulos, que interesará a los fieles amantes de la Eucaristía:

Modelo de las almas eucarísticas

«"Nuestra Señora del Santísimo Sacramento es el nombre nuevo de algo muy antiguo". Se veneran con razón todos los misterios de la vida de la Madre de Dios. Las almas contemplativas han encontrado en la vida de María en Nazaret un ejemplo, como los corazones desolados una consolación en Nuestra Señora de los Dolores; en todas las acciones de la Santísima Virgen hay una gracia que nos llama dulcemente a honrarlas e imitarlas, según la vocación de cada uno.

María es llamada Madre de la Iglesia, porque desde sus comienzos le estuvo dando ejemplo, fuerza e instrucción; imisión que continúa ejerciendo desde el Cielo!

«Ahora bien, María vivió más de quince años después de la Ascensión de su divino Hijo. ¿En qué fueron ocupados esos largos días de exilio y qué gracia encierra esa importante parte de la vida de nuestra Madre? El libro de los Hechos de los Apóstoles parece indicárnoslo con bastante claridad. Ahí se dice que los primeros cristianos vivían en la paz, la unión, la caridad más ardiente […]; perseverando en la fracción del pan (cf. Hch 2, 42).

«Vivir de la Eucaristía y para la Eucaristía, reunirse en torno al sagrario para cantar himnos y cánticos espirituales, he ahí el carácter distintivo de la primitiva Iglesia. El Espíritu Santo lo ha consignado en la sublime historia eclesiástica redactada por San Lucas: tal fue también el resumen de los últimos años de la Santísima Virgen, que reencontraba en la adorable Hostia el Fruto ben-

dito de sus entrañas, y en la vida de unión con Nuestro Señor en su Sagrario, los dichosos tiempos de Belén y de Nazaret. ¡Oh sí! Es María, sobre todo, que perseveraba en la fracción del pan.

«Almas eucarísticas, que queréis vivir para el Santísimo Sacramento, que habéis hecho de la Eucaristía el centro de vuestras vidas y de su servicio, vuestro único trabajo, María es vuestro modelo; su vida, vuestra gracia: perseverad como Ella en la fracción del pan».[1]

Conviviendo con Jesús en las especies consagradas

Efectivamente, al considerar la vida de la Virgen, se suele tener en cuenta su presencia en Belén, en Nazaret o en el Calvario, pero se deja de lado el tiempo en que, ya sin la presencia humana de Jesús —como la tuvo hasta la Ascensión—, continuó en su compañía a través de las especies consagradas que palpitaban en su pecho sin interrupción y que se renovaban cada vez que volvía a comulgar.

Un piadoso autor antiguo, Bernardino de París,[2] afirma que Jesús, al instituir la Eucaristía, tuvo en vista principalmente a su Madre, a fin de que la más excelsa de sus obras fuese recibida por la más noble y santa de sus criaturas.

María Santísima fue la única que conservó íntegra la fe mientras Jesús estuvo en el sepulcro. Después de la Resurrección, animó a los discípulos, los mantuvo unidos y expectantes, propició la venida del Espíritu Santo, instruyó a los Apóstoles con su testimonio, sus consejos y los relatos de la vida de su divino Hijo.

¿Quién sino Ella pudo narrarle a San Lucas los episodios de la infancia de Jesús que están estampados en su Evangelio? ¿Y cuántas confidencias no recibió San Juan de aquella a quien Cristo la confió a sus cuidados en lo alto de la cruz? Con toda razón María es llamada Madre de la Iglesia, porque desde sus comienzos le estuvo dando ejemplo, fuerza e instrucción; ¡misión que continúa ejerciendo desde el Cielo!

Reproducción

Nuestra Señora del Santísimo Sacramento - Basílica de Santa María la Mayor, Roma

> *«Oh almas, que habéis hecho de la Eucaristía el centro de vuestras vidas, María es vuestro modelo; su vida, vuestra gracia»*

Fervor siempre creciente, bajo el manto de María

A lo largo de la Historia la Iglesia ha ido creciendo en santidad, siendo que los pecados de sus miembros no llegan a desfigurarla en su substancia. Cristo «amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha, ni arruga, ni nada semejante, sino santa e inmaculada" (Ef 5, 25-27). Por la fuerza de la Eucaristía y bajo el manto de María, no se piense que la Iglesia «sobrevive» en las diversas crisis por las que pueda atravesar ¡Ella se renueva y progresa en permanencia!

El desarrollo del culto al Santísimo Sacramento es un aspecto de ese crecimiento continuo. Si es verdad que últimamente se han cerrado tantas iglesias —y algunas hasta han sido profanadas—, no es menos cierto que el fervor y la sed eucarística se potenció, aquí y allá.

Por ejemplo, en muchas capillas de los Heraldos del Evangelio se realiza desde hace años, sin interrupción, la adoración al Santísimo.

Premio eterno de los adoradores de Jesús Eucaristía

Esta realidad fulgurante no brilla a los ojos paganizados del mundo, pero sí ante el trono del Altísimo. ¡Cuántos beneficios no compran esos actos de adoración y cuántas desdichas no evitan! Sí, la oración a los pies del Señor Sacramentado conquista señaladas gracias.

Las muchas horas que San Pedro Julián Eymard pasó junto a Jesús —en el altar, ante el sagrario o durante la exposición— ya le merecieron el premio de la visión sin velos del Dios que adoró oculto en la Eucaristía y de contemplar a Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, su Madre. Porque disfrutar para siempre de esa celestial convivencia es el maravilloso destino eterno de los adoradores de todos los tiempos. ✧

Transcripción, con adaptaciones, del mensaje escrito para la Federación Mundial de las Obras Eucarísticas de la Iglesia, de cuyo Consejo Directivo el autor es miembro.

---

[1] TESNIÈRE, SSS, Albert. *Le prêtre de l'Eucharistie ou Le Bienheureux Pierre-Julien Eymard*. 9.ª ed. Lille: Desclée de Brouwer, 1926, pp. 166-168.

[2] Cf. BERNARDINO DE PARÍS. *La Communion de Marie, Mère de Dieu*. Paris: Jacques Lecoffre, 1860, p. 18.

Reproducción

Meditaciones de un niño sobre el Corazón de Jesús

Desde temprana edad, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se encendió en el interior del pequeño Plinio. Se sentía especialmente atraído por su nobleza y bondad, como narraría más tarde.

Plinio Corrêa de Oliveira

Recuerdo con emoción que Nuestra Señora dispuso las cosas de manera que yo viviera cerca de una iglesia tan altamente cargada de bendiciones como es la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.[1] Allí asistía a Misa de domingo con mis padres desde que tenía consciencia de mí mismo.

Ese santuario ejercía sobre mí un efecto que hoy lo veo como una acción sobrenatural; pero yo pensaba que aquella sensación se derivaba del aspecto del edificio, cuya composición de colores y formas me parece tan digna y recatada que para mí era la expresión de la propia santidad.

«¿Quieres un sitio aquí dentro?»

No me costó percibir que Nuestro Señor Jesucristo, específicamente en cuanto haciendo ver su Corazón a los hombres, era la fuente infinita de la cual emanaba todo el bien. En Él se realizaban todas las perfecciones y maravillas de almas posibles, de un modo que yo jamás podría haber imaginado. Y, al discernir el buen espíritu que había en todas las cosas de la iglesia, pensaba: «Este ambiente es reflejo suyo. La armonía que encuentro aquí es el propio Dios. Él es eso en un grado supremo, extraordinario, perfecto e infinito».

A veces, permanecía delante de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que existe en un altar lateral de la iglesia. Lo veía en pie, muy noble y con una sonrisa ligeramente triste, pero inmensamente atrayente, tocando con la mano en su corazón y mirando hacia quien estaba abajo, como diciendo: «¿Quieres un sitio aquí dentro? ¿No me aceptas? ¡Mira qué tesoro! ¡Esto es para ti!».

Yo miraba y pensaba: «Sé muy bien que se trata de una imagen y no de un hombre, pero las personas que construyeron la iglesia quieren que Dios sea visto así y, por eso, representaron a Nuestro Señor de esa forma. Ahora bien, Dios, visto así, ¡está completo! Percibo que Él es, de hecho, así.

«¡Qué fisonomía! La belleza de la que oigo hablar por ahí no vale nada. Si un día yo quisiera analizar la idea de hermosura, vendría aquí para mirar su fisonomía, pues sólo Él es bello. Ese es el padrón: una belleza de alma, más que de cuerpo. Pero ¡qué cuerpo!… Y, detrás de él, ¡qué alma!… ¡Qué maravilla!

«Dado que esa imagen coincide de un modo enteramente satisfactorio con el ambiente de la iglesia y con el que me enseñaron sobre Nuestro Señor, al mirar su fisonomía, sus manos, sus vestidos, sus cabellos y su gesto me haré una idea global con respecto a Él, que puedo hacer más precisa y más rica en contornos, si examino cada punto. Sobre todo sus divinos ojos y su Sagrado Corazón».

Nuestro Señor vivo, acogedor y afable

Comenzaba, entonces, a hacer el análisis psicológico sobre Él y así lo discernía. Hoy veo cómo yo «arquetipizaba» la imagen por efecto de mi inocencia, pues está realmente distante de lo que la gracia me hacía ver. En una actitud de respeto y de adoración, yo componía la más alta de las ideas que mi mente de niño podía formar. De manera que, cuando mucho más tarde, conocí el Santo Sudario exclamé: «¡Es Él!».

Puedo decir que aquello que yo veía en la infancia representaba más fielmente todavía a Nuestro Señor que el propio Santo Sudario, lo que se comprende fácilmente, pues este lo muestra en cuanto muerto y víctima, y en la imagen del Sagrado Corazón Él se me presentaba vivo, acogedor y afable. Veía en Él algo de una bondad insondable, y esa idea era perfeccionada por la impresión que me causaba el color rojo de su corazón.

Me encantaban también, en Nuestro Señor, el aseo y las buenas maneras, expresadas en el talle de su rostro y aún más en su cuerpo, que parecía emitir luz. Su túnica me daba la idea de una persona perpetuamente limpísima, sin mancha alguna en su alma o en su propia indumentaria. Y en su traje había una discreta bordadura dorada que me parecía indispensable a su elevación. Sin oro, Él no habría reverenciado su propia grandeza como debía. Esa conciencia suya con respecto de su majestad me dejaba encantado.

Y yo me decía: «¡Cómo está en pie con distinción! ¡Cómo su modo de sujetar su corazón es el de una persona bien educada! ¡Cómo la posición de su cabeza es la de alguien que ha recibido buena formación! ¡Cómo su barba está bien arreglada, sin presunción! ¡Qué supremo aristocratismo natural en sus cabellos! Uno tiene la impresión de que Él ni siquiera está pensando en eso, pero no hay un mechón, ni un hilo, que no esté enteramente en el lugar apropiado, que dé una idea perfecta de Él mismo.

«Mucha gente ha vivido en ambientes más distinguidos de los que Él frecuentaba. Pero… ¡distinción es esa! ¡Los otros son todos insignificantes en comparación con Él!».

Y yo llegaba a esta conclusión: «¡Cómo Él es amigo del orden universal! ¡Cómo es coherente con ese orden! Ama todas las cosas en su ordenación propia y en el más bello aspecto que pueden dar de sí mismas. ¡Y con cuánto cariño! A Él le gusta esa rosa que ha sido puesta en su altar, así como también le gusto yo que estoy igualmente a sus pies. ¡Es a fin con todo lo que es recto! La Iglesia Católica es santa porque es como Él; es un guion entre Él y nosotros; es la propia aureola que nimba su cabeza y por eso ¡la amo! La influencia, la mentalidad y la presencia de Él están en ese ambiente».

Esas gracias fueron de tal profundidad y alcance que no creo haber podido, en aquella edad, conocer de Él más de lo que conocí.

«Aquí está Plinio…»

Me daba la impresión de que Él me miraba, no con los ojos de vidrio de una imagen sin vida, sino, de algún modo, comunicando a esa imagen cierta expresión. No sabía cómo definir esa mirada, ni me preocupa-

> *«¡Cómo Él es amigo del orden universal! Ama todas las cosas en su ordenación propia y en el más bello aspecto que pueden dar de sí mismas»*

João Paulo Rodrigues

Imagen del Sagrado Corazón de Jesús del santuario del mismo nombre, São Paulo. En la página anterior, Plinio aproximadamente en el año 1919

ba en hacerlo, pues, por otro lado, pensaba que sería tal vez una ilusión por mi parte, en vista de la distancia entre Él y los hombres. ¿Cómo llegaría Él a tener una manifestación así a mi favor?

De cualquier manera, me parecía que Él realizaba conmigo lo mismo que yo hacía en relación con Él: analizar. Imaginaba que me miraba pensando: «Aquí está el tal Plinio, el niño número "un trillón quinientos millones y tanto", que me gusta y en el cual me complazco en apreciar tales aspectos buenos; de quien espero tal cosa. Es buen chico, al cual me digno mirar con compasión y con intención de beneficiarlo. Ya que está aquí, tengo algo que decirle, de lo que ha de sacar provecho».

Consideraba esto mucho más de lo que yo merecía y entonces ante su actitud reflexionaba: «Es un Pastor y un Rey que se ha comprometido en gobernarme y quiere absolutamente mi docilidad a sus indicaciones. Me dará consejos y órdenes, preparándome el camino para volver a Él».

Y seguía reflexionando: «Ante todo, me siento elevado por encima de mí mismo, al ver su grandeza. De donde se abre en mí una cierta luz en el pensar y en el ver, que me extasía, porque algo en mí está hecho para admirar lo que es más que yo. Cuando salgo de mis ocupaciones normales de niño y veo algo mucho mayor que yo, tengo la impresión de huir de lo bueno hacia lo óptimo. Allí me pongo "en la punta de los pies" y me alegro. Es decir: lo veo como Él es y lo adoro.

«Noto que, mientras lo contemplo, Él me hace como que "toque con las manos" en el pensar, en el querer y en el sentir de Él. Y esto me comunica una rectitud y una santidad en mi pensar, en mi querer y en mi sentir, a la manera de una bebida deliciosa que yo tomara y me agradara bastante, pero al mismo tiempo me corrigiera. O sea, adorándolo veo que mis aspectos torcidos y reprobables se enderezan y, con eso, Él me cura de enfermedades cuya existencia yo ignoraba».

Detalle de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús
Iglesia de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, Sabará (Brasil)

Yo pensaba: «¡Cuánta intransigencia! Basta cometer una falta para que ostente su corazón herido…»

Palabras interiores del Sagrado Corazón de Jesús

Su seriedad me impresionaba mucho, y yo percibía que Él quería manifestarla en el modo de sujetar el corazón, rodeado de espinas y con una llama en cuyo centro había una cruz. Este corazón, sacado del pecho y colocado a la vista, me daba la idea de una cierta violencia, que se acentuaba por su color rojo, aunque éste fuera muy bonito. Esto me hacía recordar la Pasión que Él había sufrido; y la carga de esos símbolos tenía, para mí, el significado de una pregunta hecha por Él: «¿Te das cuenta de que en cada uno de tus actos malos hieres mi Corazón? Mira cómo soy bueno. Mide el mal que haces».

Y yo pensaba: «¡Cuánta intransigencia! Basta cometer una falta para que ostente su corazón herido… ¡Cuánta pureza y sabiduría! Él, en el fondo, me está mostrando lo que he hecho… Sus manos están llagadas y yo tengo parte en eso. Los pies, que aparecen bajo la ropa, también lo están… Mis fallos concurrieron a esas heridas. Siento que en mí hay defectos potenciales no reprimidos, en relación con los cuales, por el momento, no soy ajeno, pues no los rechacé aún.

«También estoy viendo bien todo lo que hay de mal en mí… Si no presto atención en ello, estoy perdido, pues no sé hasta dónde decaeré…». Y concluía: «¡Cómo las cosas del hombre tocan en lo infinito! ¡Cómo es bonita la vida, al considerar que cada pequeño hecho tiene relación con el Cielo! ¡Cómo todo es grande!».

Ese era su primer «mensaje» para mí.

El segundo, no obstante, se manifestaba así: «Sin embargo, hijo mío, no te digo esto para perderte, sino para perdonarte, pues existe en mí el manantial de un afecto más suave que el terciopelo, más ameno que cualquier brisa del mar y capaz de inundarlo enteramente, hasta lo más íntimo de tu ser».

Y yo continuaba reflexionando: «¡Cómo es inmensa su dulzura! No sería capaz de medir su grandeza, si no entendiera la dimensión de esa dulzura. Siento que Él no quiere exigirme nada, ni castigarme, ni vengar-

se, poniendo su pie llagado, pero victorioso, sobre mi cabeza descarriada y pecadora. ¡No! Él quiere decirme que está dispuesto a pagar el bien por el mal, pues, a pesar de todo, tiene pena de mí considerando mi pequeñez».

Aquel correctivo era delicioso, aunque yo percibía que me sería difícil mantener esa postura interior y que, en cierto momento, tendría que sufrir y luchar mucho. Pero, como niño, pensaba: «Bien, ¡aún no ha llegado la hora! Y esto es tan bueno que dejaré ese problema para después». Tenía más curiosidad en fijar mi atención en lo que Dios estaba mostrándome que en deducir por mí mismo la consecuencia futura de aquello.

Deseando la «consecratio mundi»

Sin embargo, mi deseo iba más lejos: ¡yo quería morar en Él! Y reflexionaba: «Si pudiera estudiar, rezar, conversar, en fin, hacer todo cuanto hace un niño, a los pies de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, sería para mí una explosión de alegría, pues siento que Él lo impregnaría todo en mí y a mi alrededor, incluso mis amigos».

Se podría pensar que yo deseaba permanecer rezando allí, abandonando los juegos, el alimento, la buena cama y el confort. No era así. Mi idea era la siguiente: «¡Qué bueno sería si Él pudiera presidir toda mi vida!».

Me gustaría llevar a escondidas un *éclair* y decirle: «Señor, aquí está este dulce, tan a fin con Vos. Me voy a unir a Vos comiéndolo y pensando en Vos. ¡Bendecid este *éclair*!». Lo comería a sus pies y me quedaría contentísimo. Después diría: «Señor, he traído otro más… Es de café, mi *éclair* preferido».

Y, si no pudiera permanecer allí, me despediría de Él así: «Señor, os agradezco la buena compañía que me habéis hecho». Y pienso que no habría nada malo en eso. Allí estaba, en raíz, el deseo de la *consecratio mundi* y de la sacralización del orden temporal.

«Mi alegría de vivir»

Hoy percibo que mi actitud en esos momentos era la verdadera oración, pero no vocal.

Yo pensaba sobre muchas cosas, encantándome al ver que eran buenas y relacionándolas implícitamente con el Sagrado Corazón de Jesús, lo que constituía, por tanto, una meditación profundamente religiosa.

En esas horas de silencio, tenía una paz y un contentamiento muy intensos en sentir mi virtud y mi unión con Él. Y esa era mi alegría de vivir. Si alguien afirmara con pruebas de evidencia que el Sagrado Corazón de Jesús no existía, yo era capaz de tener una convulsión y morir. Pues si Él no fuera verdadero, me desmenuzaría y ya no sería yo mismo. ✧

La Iglesia Católica es santa porque es como Él; es un guion entre Él y nosotros; es la propia aureola que nimba su cabeza y por eso ¡la amo!

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Notas Autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2008, v. I, pp. 502-518.

---

[1] Actual santuario del Sagrado Corazón de Jesús, localizado en el barrio de los Campos Elíseos, en São Paulo.

Altar mayor del santuario del Sagrado Corazón de Jesús, São Paulo

Francisco Lecaros

Santa Germana Cousin

«La santa que necesitábamos»

El cuerpo perfectamente intacto décadas después de la muerte, los continuos milagros y la acendrada devoción de los fieles, demostraron el empeño del Altísimo en defender una causa que era sólo suya.

Hna. María Teresa Ribeiro Matos, EP

Los ventanales altos y estrechos, las torres anchas y la fachada ligeramente amurallada le daban un aspecto de fortaleza a la pequeña iglesia medieval de Santa María Magdalena del pueblo francés de Pibrac.

La población tan sólo distaba unos kilómetros de la gran y desarrollada ciudad que dominaba el sur de Francia y que había acumulado mucha fama a lo largo de los siglos: Toulouse. Entre las incontables hazañas que componen su historia fue testigo de la marcha hacia la primera Cruzada de su conde, el no poco ambicioso Raimundo IV; presenció los numerosos golpes asestados en sus alrededores por la espada de Simón de Montfort en su lucha contra la herejía cátara; y más recientemente también había sido escenario de sangrientas batallas entre católicos y protestantes hugonotes.

No obstante, esos episodios —y muchísimos más— poco influenciaban la vida sencilla y campestre de los habitantes de Pibrac. El ganado, las dificultades climáticas con las plantaciones y, a veces, la guerra tomaban por completo a aquella gente. Una existencia digna y piadosa apoyada en un trabajo honesto era todo lo que anhelaban. Hasta que una tarde de 1644 un acontecimiento vino a modificar la rutina del pueblo y, luego, lo haría conocido hasta los confines del mundo católico.

Un insigne hallazgo

Guillaume Cassé trabaja con ardor en el suelo de la iglesia de Pibrac para quitar una gran losa. Había fallecido una piadosa feligresa y sus familiares desean que su cuerpo repose en el recinto sagrado a la espera de la resurrección final. Tras varios golpes y mucho esfuerzo, el sepulturero hinca nuevamente la piqueta, haciéndola que penetre a fondo y desprenda la piedra del suelo.

Súbitamente, un grito de asombro se hace oír, atrayendo a los circunstantes hacia la apertura. Algo al mismo tiempo prodigioso y asustador contemplan: el cuerpo de una doncella allí yace en perfecto estado. Tan viva parece estar que todos perciben la marca roja que la piqueta de Guillaume le ha dejado en la cara. ¡Qué milagro!

La noticia enseguida se difunde por el pueblo y todos acuden curiosos. ¿Quién sería aquella santa nacida en medio de ellos, pero de cuya virtud ni siquiera habían oído hablar? Finalmente, algunos más experimentados y avanzados en edad la reconocen: es Germana Cousin, la pobre pastorcita escrofulosa que había muerto hacía más de cuarenta años.

Incluso sin saber muy bien cómo vivió o qué había hecho, el pueblo la sacó de la tierra y pasó a venerarla en un lateral del templo, sin la menor duda de que tanta paz, serenidad y jovialidad sólo podía emanar de un cuerpo cuya alma estuviera bien próxima a Dios y a la Santísima Virgen.

Pero, a fin de cuentas, ¿quién era aquella joven tan atrayente como desconocida?

Contemplación en medio del dolor

La Historia no registra con seguridad el nombre de los padres de Germana, pero se sabe que pertenecía a la familia Cousin, propietaria de una finca en Pibrac.

Además del brazo derecho atrofiado, cuya deformación se constataba en el angelical cuerpo, Germana había sufrido una terrible enfermedad, el escrofulismo. En la época, dicha dolencia era incurable y, al ser contagiosa, le acarreó a la niña, a parte del padecimiento físico, el desprecio y el trato inhumano de su madrasta.

Entre las humillaciones que le infligía, estaba la prohibición de acercarse a la mesa de la familia y la sujeción a dormir en un rincón del pasillo o incluso en el establo, de donde debía salir muy temprano para pasar el día en el campo cuidando del rebaño. Este era el único oficio para el que le juzgaban capaz y que ayudaba, además, a mantenerla alejada de la casa; tanto en los meses de frío como los de calor vestía siempre la misma ropa y de alimento únicamente le daban un trozo de pan.

Durante todo el día, Germana llevaba el rebaño por el bosque de Boucome o por los prados cercanos a la aldea, velando por que ninguna oveja se extraviara o fuera atacada por los lobos. Quien se encontrara con ella en esos momentos no podía hacerse una idea de todo lo que estaba sufriendo. Siempre alegre, elevada y generosa, la pastorcita no pasaba sus horas de soledad pensando en las tristezas y dificultades de la vida. Alejada de las agitaciones del mundo, de la ebullición de las pasiones y de las ambiciones humanas, aprovechaba el tiempo para contemplar las maravillas de la Creación que tan bien reflejaban a Dios y a su Madre, a la cual la joven le tenía un especial cariño.

Sin embargo, no eran raras las jornadas que acababan en palizas y castigos por parte de su madrasta, que descargaba su mal humor sobre la inocente niña.

Jamás perdía un momento de convivencia con Jesús y María

Si los habitantes de Pibrac veían poco a Germana y casi nada conocían de sus quehaceres, en un lugar era seguro que la encontrarían diariamente: la iglesia parroquial. Al oír las campanas llamando a los fieles junto a Dios, la pastora encomendaba el rebaño a algún conocido —y si no encontraba quien le prestara ese auxilio, confiaba sus ovejas a sus compañeros celestiales— y se dirigía sin tardanza a la celebración de la Eucaristía.

Incluso sin estudios, la niña sabía discernir el valor infinito del Santísimo Sacramento, no encontrando ningún motivo suficientemente válido para perder aquella hora de convivencia con su divino Modelo, allí presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Y se alegraba en poder recibirlo en todas las fiestas.

También era sagrada en la rutina de la pastorcita la hora del Ángelus, que sonaba en el campanario. Donde y como se encontrara, interrumpía lo que estuviera haciendo, se ponía de rodillas y rezaba la oración, venerando el momento auge en que María dijo «sí» y el plan de Dios se realizó en la Historia. No dudó, en cierta ocasión, en arrodillarse en medio del agua de un río al oír el toque durante la travesía o ensuciarse en el barro por estar pasando por un lugar pantanoso.

Otro fuerte elemento de piedad de Germana era el rezo del Rosario, por el cual creció en la intimidad con aquella que es el Paraíso de Dios. De esa convivencia sacaba las fuerzas necesarias para enfrentar con gallardía, confianza y espíritu sobrenatural su difícil existencia y hacer de ella un instrumento de combate para el propio Dios.

Si abriendo el picaporte de una puerta la Santísima Virgen daba más gloria a Dios que un mártir en sus tormentos, ¿cuánto no podrían valer las enfermedades, los trabajos, el aislamiento y los malos tratos que Germana sufría, unidos a los méritos de María?

Esa era la razón de la constante serenidad y alegría que la jovencita comunicaba, llevando el olvido de sí misma hasta el heroísmo. Cierta vez, al notarle más débil y sin fuerzas, supieron que esa semana se había privado de su único pedazo de pan para destinarlo a un pobre hombre desfa-

Siempre alegre, elevada y generosa, la pastorcita no pasaba sus horas de soledad pensando en las tristezas y dificultades de la vida

Casa de Germana Cousin, Pribac (Francia). En la página anterior, Santa Germana - Iglesia de San Bartolomé, Laàs (Francia)

llecido de hambre, con el que se había cruzado en el camino.

La corriente amainada

Aunque el pueblo de Pibrac no le prestara atención, la familia la despreciara y nadie reconociera sus virtudes, sin duda muchos sentían, en el fondo del alma, que aquella pastorcita representaba algo superior, más propio del Cielo que de la tierra. No faltaron testigos de ello en su proceso de canonización, en el que incluso hubo relatos de hechos milagrosos ocurridos con la niña.

Por ejemplo, en cierta ocasión se acercaba al río Courber, que siempre cruzaba para llegar a la iglesia, pero aquel día la lluvia había sido muy intensa y la corriente era fuerte. Sin titubear, Germana avanzó en dirección a las aguas, que se amainaron permitiéndole pasar tranquilamente.

También hubo quien atestiguara un milagro similar al ocurrido con Santa Isabel de Hungría: en pleno invierno, Germana salió de casa llevando restos de pan para los pobres, ocultos en su delantal. Al percibir el volumen que la jovencita cargaba, su madrasta corrió furiosa tras ella y le abrió a la fuerza la tela, haciendo caer al suelo numerosas flores…

Apagada a los ojos de los hombres, pero preciosa ante Dios

En el sufrimiento y el apagamiento, con la salud debilitándose cada vez más, la pastora cumplía 22 años.

Ahora bien, cierta mañana, probablemente en 1601, el rebaño no salió a los pastos. ¿Qué había sucedido? Entraron en el establo y vieron que el alma de Germana había subido a la eternidad tan serenamente como había vivido; únicamente su cuerpo permanecía tumbado en medio de las ovejas. Y sólo habría sido venerado por ellas si el Altísimo no hubiera querido revelar a la Historia la grandeza de esa alma escondida a los ojos de los hombres, «pero elegida y preciosa para Dios» (1 Pe 2, 4).

Ninguna palabra que saliera de los labios de Germana quedó registrada, pero ella le enseñó al mundo entero cómo el verdadero valor, gloria y éxito son los que se conquistan ante Dios. El cuerpo mantenido intacto, los numerosos milagros y la continua devoción de los fieles demuestran el empeño del Altísimo en defender una causa que era solamente suya.

En un siglo asolado por los errores seudo reformadores y las constantes guerras contra la Santa Iglesia, la existencia de Germana bien puede ser considerada una reparación al Corazón Divino. Su fe en la presencia real en la Eucaristía y su ardiente devoción mariana firmaban los puntos más atacados por los herejes; su sumisión incondicional y su apagamiento se contraponían a la rebeldía contra la autoridad papal.

Sospechando que Germana le llevaba pan a los pobres, su madrasta le abrió el delantal, del cual cayeron flores…

Santa Germana - Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, Caussade (Francia)

Regando tales virtudes con el continuo ofrecimiento de sus dolores, Germana no sólo presentaba a Dios un desagravio por las afrentas de los hombres, sino que también atenuaba los males que esos mismos desarreglos atraían sobre el mundo.

Larga espera para su glorificación

Tras el hallazgo del cuerpo de Germana, el P. Sounilhac, párroco de la iglesia de Santa María Magdalena de Pibrac, mandó que lo depositaran en un ataúd común y lo dejaran en el lateral del templo, pues el pueblo no se apartaba de aquella que ya consideraba su santa. Pero enseguida los milagros empezaron y la fama de Germana sobrepasó los límites del pueblo…

Receloso de transgredir la prohibición de Roma de rendir culto oficial a un fallecido antes de la aprobación eclesiástica, el cura trasladó el cuerpo a la sacristía. Continuaba, sin embargo, recibiendo miles de peregrinos y registrándose, ante notario, los milagros alcanzados.

No obstante, las autoridades no participaban de la misma prisa y entusiasmo de los devotos en promover la glorificación de Germana.

Solamente en 1661 el canónigo Dufour, vicario general de la arquidiócesis de Toulouse, fue hasta Pibrac a fin de tomar contacto con esa realidad sobrenatural. Abre el ataúd e inmediatamente comprueba el milagro; ordena que levanten la losa bajo la cual había estado enterrada Germana, para comprobar las condiciones del suelo, y de la difunta parroquiana que ocupaba el sitio de la santa sólo encuentra polvo…

No queda la menor duda: aquel cuerpo incorrupto es obra divina. Cierra la urna con grandes candados, manda que la coloquen a una altura fuera del al-

cance de los fieles y se despide, recordando las normas de Roma y prometiendo abrir una comisión para preparar el proceso diocesano, con vistas a la canonización.

En 1680 se dirigen a la iglesia los comendadores de la Orden de Malta, bajo cuyos cuidados se encontraba aquel templo, deseosos de ver el prodigio. Admirados, comprueban que el cuerpo de la pastorcita se encuentra «entero, pareciendo aún de carne, con flexibilidad en todos sus miembros al ser cogidos y movidos».[1]

Por fin, ¡la canonización!

No obstante, pasaron treinta y cinco años desde la visita del vicario y no se tuvo noticia alguna suya… El pueblo, cada vez más beneficiado por su santa pastora, no desiste. Envían entonces al propio alcalde de Pibrac, Jacques de Lespinasse, para que le rogara al arzobispo de Toulouse, Mons. Colbert, que hiciera algo por el reconocimiento de la gloria de Germana Cousin.

Tras unos años de espera, el prelado accede y le encarga al P. Morel que inicie el proceso. En 1700, con una solemne Misa, la cual congrega a una multitud de devotos, ese sacerdote abre nuevamente la urna y contempla el prodigio. A continuación, escucha las numerosas narraciones de milagros obtenidos por intercesión de la humilde pastorcita, oye el parecer de médicos y especialistas y, finalmente, recoge también el testimonio de Françoise Pères, señora de 77 años que, cuando era niña, había presenciado el hallazgo del cuerpo y había oído el relato de aquellos que habían conocido a Germana y atestiguado la santidad de su vida.

Teniendo todo archivado, el P. Morel encamina el dosier a Roma a través de un sacerdote capuchino. Pasan décadas y no reciben ninguna respuesta… ¿Qué ocurrió? Sólo mucho más tarde se supo que el material se había perdido y nunca llegó a su destino. Fue preciso librar aún muchas batallas para que, en el siglo XIX, Gregorio XVI retomara el proceso y Pío IX lo concluyera con la solemne canonización en 1867.

Ella les enseñó a todos que el verdadero valor, gloria y éxito son los que se conquistan ante Dios

Santa Germana - Parroquia de San Nicolás, Châteubriant (Francia)

Un ejemplo para nuestros días

En el prolongado período que antecedió a la glorificación terrena de la santa, Dios no se cansó de revelar al mundo, a través de incesantes prodigios, el valor de su alma generosa y abnegada. Y los malos comprendían bien esto. Habiendo estallado la Revolución francesa, el Comité de Salut Publique mandó que arrojaran aquel cuerpo virginal y luminoso a una fosa de cal.

¿Por qué la Revolución, que se denominaba defensora de los derechos del pueblo, no hizo de aquella pastora pobre, enferma y excluida, un ídolo suyo? Porque, ante todo, Germana había luchado y vencido en un terreno mucho más sublime que el de las cuestiones sociales: ¡junto al Corazón de Dios!

En este sentido, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, indicándonosla como modelo, comenta sobre ella: «El católico de nuestros días debe ser altivo, batallador, consciente de su valor, no olvidando, sin embargo, de representar ante su siglo las virtudes de Santa Germana Cousin. Muchas veces negado, malquisto, aislado y perseguido, ve que se constituye a su alrededor las enemistades más gratuitas, mientras se deshacen las más fundadas amistades. Tiene que luchar de pecho descubierto contra las potencias de su época, remando contra la marea montante de los vicios y desvíos de su tiempo. No raras veces se vuelve objeto de desprecio, cuando no de odio. […] Sin embargo, cuando la gloria de Dios es tocada, debemos defenderla como leones. Y al tratarse de problemas de amor propio o de reivindicaciones personales, debemos ser mansos como corderos. Habremos imitado, entonces, a nuestro modo, las virtudes de Santa Germana, ora inclinando la cabeza ante las humillaciones, ora defendiendo la gloria de Dios como guerreros».[2]

Concluimos, pues, cuán oportuna es, también para nuestro conturbado siglo XXI, la exclamación salida de la boca del Papa Gregorio XVI al tomar contacto con los documentos para la beatificación de la pastorcita de Pibrac: «Esta es la santa que necesitábamos».[3] ✧

---

[1] RICHOMME, Agnès. *Sainte Germaine de Pibrac*. Paris: Fleurus, 1967, [s. p.].

[2] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Santa Germana Cousin. In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XIII. N.º 147. (jun, 2010); pp. 14-15.

[3] VEUILLOT, Louis. *Sainte Germaine Cousin*. 3.ª ed. Paris: Victor Lecoffre, 1904, p. 173.

El «Poema a la Virgen»: obra maestra del Apóstol de Brasil

Rodeado de mil peligros, el joven misionero intensificó su devoción a Nuestra Señora. Y prometió escribir en verso la vida de la Madre de Dios, si Ella lo conservaba en su pureza.

Timothy Ring

Francisco de Assis Silveira Leite Esmeraldo

El origen del *Poema a la Virgen* está vinculado a uno de los heroicos episodios de la Historia de la nación brasileña, en el cual traslucen reunidos el espíritu de fe, la confianza en la Providencia, la fortaleza de alma y el fino tacto diplomático de San José de Anchieta, admirable hombre de Dios.

Arriesgada embajada junto a los tamoios

Desde los primeros años de la fundación de Piratininga en la capitanía de San Vicente, venían los indios tamoios hostilizando las poblaciones portuguesas, confederadas con los tupís de la región del sertón. El ataque se volvió casi incesante en 1559, cuando los tamoios se aliaron a los franceses establecidos en Río de Janeiro. Vencidos por Mem de Sá en 1560, instigaron a los aborígenes a una insurrección general, que amenazaba con arrasar completamente la colonización portuguesa en la región y, con ella, la fe católica.

El P. Manuel da Nóbrega y el Hno. José de Anchieta[1], partiendo como embajadores de paz en mayo de 1563, llegaron a las playas de Iperoig, actual Ubatuba. Allí pasaron meses de continua incertidumbre entre la vida y la muerte, en medio de los tamoios, sin conseguir promover ningún acuerdo. En ese ínterin el P. Nóbrega fue llamado a San Vicente, donde su presencia se hacía muy necesaria.

> *Cuando se sentía cansado, el joven jesuita paseaba por la playa, componiendo en la arena, en versos latinos, la vida de la Santísima Virgen*

Por más que le costara ver a su venerable superior marchar en tal coyuntura, Anchieta prefirió el bien común al suyo particular, ofreciéndose de buen grado a quedar entre los enemigos, hasta que Dios quisiera ablandarles el corazón y hacer con que llegaran a una conciliación.

Una promesa a la Virgen Santísima

Solo, en medio de una gente perversa, el Hno. Anchieta vivió todo ese tiempo como un lirio entre espinas. La convivencia con los nativos —que para cualquier otra persona habría sido funesta— le sirvió para robustecer y dar nuevo brillo a su virtud.

Para un joven en la flor de la edad, bastante espinoso era estar rodea-

do de mil y una ocasiones de pecado, incontables peligros y escándalos de todo tipo; y, además, privado de los sacramentos, sin un buen libro para leer ni un director espiritual que lo sustentara. Redobló, pues, la vigilancia sobre sí mismo, sofocando prontamente el menor movimiento de la naturaleza que pudiera debilitar la virtud.

Intensificó su devoción a Nuestra Señora, confiándole de modo especial la guarda de su corazón y su pureza. Y prometió escribir la vida de la Madre de Dios en verso, si Ella lo ayudaba a salir de la situación en que se encontraba, sin ninguna mancha que obscureciera el albo lirio de la castidad.

Impreso en la arena y en la memoria

Cuando se sentía agotado por el cansancio, el joven jesuita descansaba paseando por la playa, y allí se ponía a cumplir su promesa, componiendo en la arena, en versos latinos, la vida de la Santísima Virgen.

Quien lee las conmovedoras alegorías, símbolos y figuras extraídas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, de los que está lleno el poema, no sabe qué admirar más: la piadosa unción del autor o su genio, erudición y doctrina, que así dejó consignados para alabanza de la Reina del universo y edificación en la fe de las generaciones futuras.

Lo mucho que tal composición fue agradable a los Cielos, bien se deduce de las narraciones de testigos oculares que afirman haber visto muchas veces un hermoso pajarito, de lindo y variado color, revoloteando alrededor de Anchieta mientras hacía su poema, y posarse ora en sus hombros, ora en su cabeza, ora en sus manos.[2]

Por su parte, la Virgen fue fiel al compromiso, guardándole intacta la pureza de alma y la propia vida, incluso cuando en la soleada playa los terribles caníbales hacían sonar a los oídos del misionero la frase amenazadora: «Hártate de ver el sol, porque en breve te mataremos y te comeremos». A lo que respondía con dulzura: «No me matareis; aún no ha llegado mi hora».[3]

Conversión conquistada por la dulzura

Ese era el comportamiento del santo durante los tres meses que permaneció solo entre los salvajes. La suavidad del trato y la rectitud de sus costumbres inmaculadas acabaron por conquistar sus corazones, de tal manera que, finalmente, se pudo establecer la paz, tan satisfactoria para ambas partes.

Después de dar gracias a Dios públicamente por tan señalado beneficio, se dispuso a partir hacia San Vicente, lo cual mucho le costó, pues no podía olvidarse de los favores que allí había recibido de la Providencia. Como San Juan en la isla de Patmos, amaba aquel lugar que, de tierra de exilio, se convirtió en patria querida. Veía, además, que los pueblos nativos eran fáciles de civilizar, bastando para ello habilidad y verdadero espíritu apostólico. Le dilaceraba el corazón dejar una región donde tanto bien quedaba por hacer.

Por otra parte, los propios indios se oponían a que los dejara, pues habiendo cambiado de actitud, parecían tenerle un entrañado amor. Ya no podrían soportar la ausencia del hombre de Dios que tanto los había asistido, consolado y socorrido en sus aflicciones. Heroica fue su marcha, pero la santa obediencia lo llamaba y él no lo dudó.[4]

Por fin, el 21 de septiembre de 1563, después de casi cinco meses alejado, entraba Anchieta en San Vicente para abrir el tesoro precioso de su memoria y dar al mundo las perlas de inestimable valor del poema de casi 6000 versos que había labrado en las arenas de Iperoig.

El poema

A modo de muestra, presentamos algunos extractos del célebre *Poema a la Virgen*. A continuación, sigue el ofrecimiento, cuya clave sublime recorre de principio a fin la pieza literaria:

«¿Cantar o callar? / Madre Santísima de Jesús, tus alabanzas / ¿las he de cantar o las he callar? / La mente alborotada / se siente impelida por el aguijón del amor / a ofrecer a su Reina unos versos…

«Pero recela con la lengua impura / ensalzar tus glorias: / numerosas culpas la llenan de manchas. / ¿Cómo osará mundana lengua enaltecer / a la que encerró en su seno al Omnipotente?».[5]

Reproducción

San José de Anchieta, por Benedito Calixto - Museo Paulista de la USP São Paulo. En la página anterior, El Poema a la Virgen María, por Benedito Calixto - Museo Anchieta, São Paulo

Anchieta vivió como un lirio entre espinas. La convivencia con los nativos le sirvió para dar nuevo brillo a su virtud

Siglos antes de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción y teniendo como testigos solamente a los ángeles y las inquietantes miradas de feroces indios, así se expresaba el cantor de la Inmaculada, en las arenas de la Tierra de Santa Cruz:

«Concebida en su seno materno, como todos nosotros, / sólo tú, oh Virgen, fuiste libre del desdoro / que mancha a todos los otros / y aplastas con el calcañar / la cabeza del enroscado dragón, / reteniendo sobre la planta su frente humillada. / Toda bella de blancura y luz, / no hubo sombra en ti, dulce amiga de Dios».[6]

Y tomado de celo por la ortodoxia, contra la insolencia de la herejía calvinista que atacó la virginidad perpetua de la Reina celestial, proclama:

«Como no puede ver los rayos de la luz divina, / donde fluye el brillo de tu cuerpo y de tu alma, / te roba la honra de la perpetua virginidad […]. / Con negro corazón roído por la lepra, / te lanza flechas envenenadas en hiel de víbora. / Monstruo, ¿por qué te hinchas, / con la envidia de la antigua serpiente? / ¿Por qué roes con locos dientes / la belleza de la Virgen Madre? […] / ¿Osaste, venenosa cobra, / tocar, con esa maldita lengua tuya, / el lecho albísimo del eterno Dios?».[7]

Con una breve dedicatoria termina el poema en un grito de amor a la Virgen, en el deseo ardiente del martirio y en nobilísimo sentimiento de humildad:

«He aquí los versos que otrora, oh Madre Santísima, / te prometí en voto, / al verme rodeado de fieros enemigos. / Mientras, entre los tamoios conjurados, / pobre rehén, trataba las suspiradas paces, / tu gracia me acogió / en tu materno manto / y tu velo me veló intactos cuerpo y alma. / La inspiración del Cielo, / muchas veces deseé penar / y cruelmente expirar en duros hierros. / Pero sufrieron merecida repulsa mis deseos: / sólo a héroes / le compete tanta gloria».[8]

> *«En Anchieta había brotado una flor de virtud: es la mansedumbre suave, ligada a la energía serena, pero inexorable»*

Evangelio en las selvas, por Benedito Calixto
Pinacoteca del Estado de São Paulo

Flor sembrada en todo Brasil

Enalteciendo las virtudes del Apóstol de Brasil, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira afirmaba solemnemente en la Asamblea Nacional Constituyente de 1934:

«En Anchieta, *vas electionis*,[9] había brotado una flor de virtud y esta flor la sembró en todo Brasil: es la mansedumbre suave, ligada a la energía serena, pero inexorable, que es el eje de nuestra alma».[10]

Pidamos con confianza que, a ruegos de este incomparable héroe de la fe, la Señora de la Concepción Aparecida, patrona de Brasil, nos obtenga, en la actual encrucijada histórica por la que pasa nuestra nación, gracias extraordinarias para que nuestro país sea, de hecho, la Tierra de Santa Cruz con la cual soñaron sus fundadores, cuyo futuro grandioso fue profetizado por San José de Anchieta en la epopeya *La gesta de Mem de Sá*: «Cuando los pueblos brasileños observen la doctrina de Cristo, se instaurará para siempre en este mundo austral la edad de oro».[11] ✧

---

[1] San José de Anchieta fue ordenado sacerdote tres años después, el 6 de junio de 1566, en la catedral de Salvador.

[2] Cf. SAINTE-FOY, Charles. *Vida do Venerável Pe. José de Anchieta*. São Paulo: Jorge Seckler, 1878, pp. 43-47.

[3] VIEIRA, Celso. *Anchieta*. 3.ª ed. São Paulo: Companhia Editorial Nacional, 1949, p. 210.

[4] Cf. SAINTE-FOY, op. cit., pp. 47-48.

[5] SAN JOSÉ DE ANCHIETA. *Sobre a Virgem Maria Mãe de Deus*. 5.ª ed. São Paulo: Paulinas, 1996, p. 57.

[6] Ídem, p. 59.

[7] Ídem, pp. 140-141.

[8] Ídem, p. 340.

[9] Del latín: vaso de elección (cf. Hch 9, 15).

[10] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. 98.ª Sesión, 19 de marzo de 1934. In: *Opera Omnia. Reedição de escritos, pronunciamentos e obras*. São Paulo: Retornarei, 2009, v. II, p. 63.

[11] SAN JOSÉ DE ANCHIETA. *De gestis Mendi de Saa*, apud VIOTTI, SJ, Hélio Abranches. *Anchieta, o Apóstolo do Brasil*. 2.ed. São Paulo: Loyola, 1980, p. 237.

[12] SAN JOSÉ DE ANCHIETA, *Sobre a Virgem Maria Mãe de Deus*, op. cit., pp. 278-279.

Himno de amor a la Divina Llaga

En su «Poema a la Virgen», San José de Anchieta dedica unos versos al Sagrado Corazón de Jesús, herido de amor por la salvación de los hombres. Precedía así a Santa Margarita María Alacoque, que en el siglo siguiente recibiría del propio Salvador la misión de difundir esa devoción por el mundo.

¡Oh llaga sagrada, no fue el hierro de una lanza la que te abrió, sino el apasionado amor que a nuestro amor tenía Jesús fue la que te abrió!

¡Oh caudal que burbujeó en el seno del Paraíso, de tus aguas se empapa y fertiliza la tierra!

¡Oh camino real, puerta clavada del Cielo, torre de refugio, abrigo de la esperanza!

¡Oh rosa que exhala el perfume divino de la virtud! ¡Piedra preciosa con que el pobre compra un trono en el Cielo!

Nido en que las cándidas palomas depositan sus huevos, en el que la tórtola casta alimenta a sus crías.

¡Oh llaga roja, que reverberas de inmensa hermosura y hieres de amor los corazones amigos!

¡Oh herida que abriste con la lanza del amor, a través del pecho divino, un amplio camino para el Corazón de Cristo!

¡Prueba de inaudito amor con el que Él a sí nos estrechó: puerto al que se acoge la barca en la procela!

João Paulo Rodrigues

Sagrado Corazón de Jesús - Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)

¡A ti recurren los perseguidos del enemigo fiero, medicina preparada contra toda enfermedad!

En ti va a sorber consolación el triste y arrancar del pecho oprimido la carga de la tristeza.

No será frustrada la esperanza del pobre reo que, deponiendo el temor, entra en los palacios del Paraíso, por tu vía.

¡Oh morada de la paz! ¡Oh filón perenne de agua viva que brota para la vida eterna!

Sólo en ti, oh Madre, fue rasgada esta herida, sólo tú la sufres, solamente tú la puedes franquear.

Déjame entrar en el pecho abierto por el hierro e ir a morar en el Corazón de mi Señor; por ese camino llegaré hasta las entrañas de ese amor piadoso; ahí haré mi descanso, mi eterna morada.

Ahí hundiré mis delitos en el río de su sangre, y lavaré las torpezas de mi alma, en esa agua cristalina. ¡En esa morada, en ese remanso, el resto de mis días, cuán suave será vivir, ahí, por fin, morir![12]

Amparo, protección y seguridad

Agradecidos por los numerosos beneficios recibidos, son muchos los que desean exteriorizar el enorme contentamiento que sienten por haber encontrado a una madre que, desde la eternidad, les ha guiado, amparado y protegido.

Elizabete Fátima Talarico Astorino

A la incomparable bondad de Dña. Lucilia para con aquellos que le dirigen súplicas, bien pueden ser aplicadas las palabras del salmista: «Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo» (Sal 22, 4), pues bajo su maternal chal encuentran amparo, protección y seguridad (cf. Sal 70, 3).

Sí, hábilmente Dña. Lucilia ha librado de apuros a sus fieles devotos, conduciéndolos por caminos rectos y restaurándoles las fuerzas en numerosos sufrimientos y dificultades de la vida.

«Por su intercesión estamos aquí»

De Recife (Brasil) nos escribe Ana Karina Bueno para contarnos la curación de una enfermedad, conseguida por intercesión de Dña. Lucilia:

«Estuve con mi médica para hacerme los exámenes de rutina y, en la ultrasonografía, apareció un aumento en uno de los ovarios. Lo que debería ser seis centímetros cúbicos estaba con cuarenta. La doctora, al desconfiar de la ultrasonografía, por no ser una prueba de tanta precisión, pidió una resonancia magnética con contraste que haría en otro laboratorio de mayor fiabilidad. El resultado no sólo vino a confirmar el primero, sino también indicó que se trataba de un aumento a sesenta centímetros cúbicos. Es decir, estaba diez veces más grande de lo normal.

«La médica me envió al cirujano, quien me comentó la necesidad de extirpar ese ovario e incluso hasta el propio útero, dependiendo de cómo estuviera en el momento de la operación».

Mientras realizaba las pruebas preoperatorias, Ana hizo un rápido viaje a São Paulo, durante el cual tuvo la oportunidad de visitar una de las casas de los Heraldos y conversar con un sacerdote de la institución:

«Le conté todo lo ocurrido, le pedí su bendición y él en ese mismo instante la concedió, rogando la intercesión de Dña. Lucilia».

Al regresar a Recife y concluidos los exámenes preoperatorios le señalaron el inicio del procedimiento quirúrgico:

«Fui hacia la operación pidiendo que ella, Dña. Lucilia, estuviera conmigo. Y para sorpresa de todos

Ana Karina Bueno con su hija

«La médica se quedó sin saber qué decir cuando vio el vídeo de la operación; me dijo que no sabía cómo explicar el hecho»

—más aún del médico, que no entendía nada— no había ninguna alteración en mi ovario. Estaba en su tamaño normal y podría quedarme embarazada nuevamente si quisiera».

Admirada, le llevó las imágenes de la cirugía a la doctora que antes le había atendido para informarle de lo acontecido:

«La médica se quedó sin saber qué decir cuando vio el vídeo, pues pensaba que yo quería aclaraciones. Me dijo que no sabía cómo explicar el hecho».

Jorge Nunes y su familia. En el destacado, su hijo, Miguel Dias Nunes

Reconocida por el enorme favor obtenido de Dña. Lucilia, afirma: «Sabía perfectamente y no tuve ninguna duda de que fui curada en la bendición que recibí. Por su intercesión estamos aquí y tengo fe de que ella estará ayudándome nuevamente para que mi bebé esté bien de salud».

«Empecé una novena a Dña. Lucilia»

Habiendo tenido conocimiento de incontables beneficios alcanzados por intermedio de Dña. Lucilia, Jorge Nunes, de Xangri-Lá (municipio brasileño del estado de Río Grande do Sul), también recurrió a ella para pedirle que ayudara a su hijo a superar una dificultad que le impedía continuar el entrenamiento después de haber aprobado el examen del Cuerpo de Bomberos:

«En las pruebas físicas no conseguía realizar las "barras" porque le había aparecido un problema muscular. Pero hecho el examen médico, éste no acusaba ninguna anomalía. Empecé una novena a Dña. Lucilia, rezando una avemaría diariamente. Entonces encontró a un especialista que le indicó un tratamiento posible para su molestia.

> *«Después de la novena a Dña. Lucilia, mi hijo logró realizar los ejercicios y se graduó el 20 de noviembre»*

«A partir de ahí mi hijo logró realizar el ejercicio más allá de lo mínimo exigido. Pasó todas las etapas y se graduó el 20 de noviembre, fecha hasta la cual mantuve las oraciones. A partir de aquí cambié la intención: pasó para el agradecimiento».

Amor maternal, que le devolvió la paz y la vida

También Flavia Emilia Duarte, de Campo Grande, nos escribe a fin de mostrar su gratitud por el amparo recibido de Dña. Lucilia, durante un período atribulado de su vida:

«Hace algunos años, en medio de una crisis de jaqueca, dolores de pecho, hormigueo en los brazos y de varias idas a Urgencias, me diagnosticaron agotamiento físico seguido de agotamiento mental. En un primer momento, buscamos un tratamiento psicológico; pero las crisis continuaban. Tenía miedo de enloquecer. Los síntomas bombardeaban mi cuerpo y, sobre todo, la mente.

«Meses después comencé el tratamiento psiquiátrico. El diagnóstico era depresión y síndrome de pánico. Empecé entonces a tomar la medicación prescrita. Tenía días buenos, seguidos de días pésimos. Los medicamentos amenizaban los síntomas, aunque no impedían las crisis.

«Llevaba así un año y ya tenía un viaje programado a São Paulo —nuestra familia iba a participar en una romería a Aparecida, con los Heraldos del Evangelio—, cuando una crisis muy fuerte de pánico me mandó nuevamente al hospital. Sentía que todo mi cuerpo hormigueaba, la conciencia llegaba a faltarme, conseguir respirar era prácticamente imposible. Me recetaron otro ansiolítico, y resolvimos seguir con la idea del viaje».

Durante el trayecto, Flavia recibió una fotografía de Dña. Lucilia y, encantada con aquella mirada bondadosa que tanta paz le traía, decidió recurrir a su intercesión:

«Al regresar a casa, después de una jornada más de terribles síntomas, decidí coger aquel pequeño re-

trato y pedirle ayuda a Dña. Lucilia. Le rogué que me quitara la "sensación de no saber respirar". Podría continuar con los demás síntomas, pero ese era el peor de todos, ¡me restaba paz! Puse la foto debajo de la almohada y, cuál no fue mi sorpresa, al despertarme y percibir que aquel desconsuelo había desaparecido. Pasaron los días y ninguno de los síntomas volvieron a manifestarse, ¡estaba curada! Dejé entonces los medicamentos y hoy llevo una vida normal, gracias al amor maternal de aquella señora que me devolvió la paz y la vida».

Inesperados obstáculos en plena negociación de una venta

La familia de María Baghdikian, de São Paulo, se encontraba en una delicada situación financiera cuando decidió vender un inmueble recibido en herencia. Un inesperado percance, no obstante, vino a amenazar el éxito del negocio:

«Conseguimos un comprador, acordando entregarle el inmueble completamente desocupado en el plazo de tres meses. La planta baja del mismo estaba ocupada por nosotros. La parte superior estaba alquilada a una persona que desde el inicio del arrendamiento conocía nuestra intención de venderlo. Este inquilino, con quien teníamos una antigua relación de buena confianza, había asumido el compromiso de desalojarla en caso de venta, de modo que no pusiera trabas.

«Sin embargo, a partir del momento en que se cerró el contrato, pasó a adoptar un comportamiento negativo: extremamente agresivo, se oponía a desalojar el inmueble, de manera que hacía inviable la venta».

«Le agradezco a ella su bondad y rapidez con las que me socorrió»

En ese momento de tensión fue cuando un pariente le aconsejó a María que recurriera a la intervención de Dña. Lucilia, con el fin de que se solucionara a tiempo:

«Intentamos convencerlo de que cumpliera lo acordado verbalmente. Pero las conversaciones se fueron complicando y transformándose en discusiones y fricciones. Así, el tiempo iba pasando, el plazo final para la entrega de la propiedad se acercaba y el riesgo de perder la venta se volvía cada vez más real debido a la creciente obstinación del inquilino.

«Faltaban diez días para que terminara el plazo y tuvimos una áspera discusión, en la que él se comportó de forma mucho más agresiva y vulgar.

«Extremadamente afligida, decidí hablar con mi tío para preguntarle si tendría alguna idea o sugerencia que darme. Viendo que no se resolvería el problema sino era a través de la vía judicial, solución que al demorarse mucho tiempo podría invalidar el contrato, me sugirió que recurriera a Dña. Lucilia.

«Recé, inmediatamente, tres rosarios para pedirle su intercesión. Poco después se presentó el inquilino, de modo inesperado, en la planta baja del inmueble, donde me encontraba, y espontánea y sorprendentemente me dijo que iba a desocupar la vivienda.

«Había ocurrido un radical e inexplicable cambio de comportamiento de parte de él. De inmediato asocié ese cambio a una intervención de Dña. Lucilia. Le doy gracias a Dios por el favor que me hizo por intercesión de ella y a ella le agradezco su bondad y rapidez con las que me socorrió».

Flavia Emilia Duarte con su esposo sujetando un póster de Dña. Lucilia

«Le rogué que pasar la sensación de no saber respirar; podría continuar con los demás síntomas, pero ese era el peor, ¡me quitaba paz!»

* * *

Con intervenciones como las narradas arriba, Dña. Lucilia ha acogido bajo su maternal chal a todos los que, afligidos y necesitados de auxilio, le dirigen oraciones.

Agradecidos por los numerosos beneficios recibidos de esta generosa señora, que hizo de su vida un constante holocausto de sí misma a favor del prójimo, muchos desean exteriorizar a través de esos relatos el enorme contentamiento que sienten por haber encontrado a una madre que, desde la eternidad, les ha guiado, amparado y protegido. ✧

Trato ordinativo y compasión

Deben haber sido innumerables las circunstancias en las cuales la dulzura maternal de Dña. Lucilia pudo manifestarse a través del cariño insondable, envolvente y nunca desmentido con que acogía a todos los que se veían afectados por alguna tragedia o por alguna necesidad, por mínima que fuese.

Ejemplo de ello era la forma de tratar a su hermana Zilí. Desde el primer instante en que ésta vio la luz del día, Dña. Lucilia, trece años mayor, pasó a desempeñar el papel de madre para ella, envolviéndola con su inagotable afecto. Dña. Zilí conservó durante toda su vida una dedicación y gratitud casi filiales hacia Dña. Lucilia.

Semejante ventura le cabrá también a la hija de Dña. Zilí, Ilka, la cual, al vivir también en el palacete Ribeiro dos Santos y tener casi la misma edad que sus primos, sería educada con ellos como si fuese una hermana.

Transcurridas tantas décadas desde aquellos nostálgicos tiempos, Dña. Ilka aún conserva gratos recuerdos de su tía:

«Tía Lucilia era una auténtica *lady*, persona de un espíritu superior, pero de una bondad fuera de lo común. A veces podemos ser llevados a pensar que quien es bueno no debe contrariar a los demás o no es capaz de ver dónde está el mal. ¡Tía Lucilia no! Cuando se enfadaba con Plinio porque había hecho alguna travesura, ¡cuántas veces no la vi coger —de su tocador— un cepillo de plata y golpearle con él en la mano! No obstante, al mismo tiempo poseía una bondad inusual, ¡era bonísima!

Tía Lucilia era una santa. Sufrió mucho en la vida, pero sabía soportarlo todo con paciencia. Era realmente una persona extraordinaria.

Fue ella quien crio a mi madre. Cuando mamá nació, tía Lucilia tenía trece años y fue prácticamente ella quien la educó. La madre de mamá, en realidad, fue tía Lucilia.

¡Mamá tenía locura por ella! ¡Locura! Creo que mamá tenía mucha más afinidad con su hermana que con su propia madre».

Para sus sobrinos, Dña. Lucilia era la tía predilecta. Suspiraban por estar con ella para oírla contar historias o celebrar en su compañía las Navidades, la Pascua y otras fiestas de familia.

El trato armónico, agradable y respetuoso constituía para ella la perfección de la vida social, verdadero regalo de Dios para suavizar las dificultades con que el hombre se encuentra en su peregrinar por esta tierra de exilio.

Era siempre firme y precisa en el ejercicio de su autoridad, que, sin embargo, se presentaba invariablemente envuelta en una atmósfera de bondad. Cuando tenía que solucionar un problema, procuraba, si era posible, que su decisión se aplicara de inmediato; pero nunca perdió, ni siquiera disminuyó, su convicción de que era la bondad la que apartaría los obstáculos y haría flexible la rigidez del amor propio en aquellos con quien debía tratar. ✧

CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucilia.* Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 120-121.

Plinio, Ilka y Rosée en el Jardim da Luz, São Paulo; arriba, Dña. Lucilia fotografiada en 1912, en París

Fotos: Lucilia Bassi

Estados Unidos – En el mes de mayo, a instancias del párroco, el P. Iván Sciberras, misioneras de los Heraldos dieron unas charlas sobre la Santísima Virgen en la iglesia de San Pedro, en New Jersey, y en la escuela parroquial. También hubo procesiones y otros actos de piedad en honor de la Madre de Dios.

Fotos: Dora Santos

Brasil – Los Heraldos del Evangelio fueron invitados a solemnizar la toma de posesión del P. Dorival Aparecido de Morais como párroco de la iglesia matriz de Santa Ana, catedral diocesana de Mogi das Cruzes. La Celebración Eucarística, presidida por Mons. Pedro Luiz Stringhini, obispo diocesano, tuvo lugar el 11 de abril.

Pedro Beltrán

1

Ana María Veas

2

3

Ana María Veas

Chile – Misioneros y misioneras de los Heraldos visitaron la parroquia de Nuestra Señora del Carmen, de Curacaví, con la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María (foto 1), y llevaron su oratorio a residencias (foto 2) e instituciones, entre ellas la Escuela Agrícola Las Garzas (foto 3).

Eric Salas

Reproducción

Reproducción

«Testigo jubiloso del Señor resucitado»

Con las palabras que encabezan estas líneas, el nuncio apostólico en Costa Rica, Mons. Bruno Musarò (foto 3), calificó al P. Gonzalo Raymundo Esteban, EP (foto 2), que el 12 de abril entregó su alma a Dios en la ciudad de São Paulo, víctima de un cáncer fulminante. Fueron pronunciadas durante la Misa celebrada por el prelado en la casa de los Heraldos de ese país, donde el P. Gonzalo desarrolló en los últimos años su incansable actividad pastoral.

También el arzobispo de Madrid, el cardenal Carlos Osoro Sierra (foto 1), que conoció personalmente al P. Gonzalo cuando estaba al frente de la diócesis de Oviedo, quiso presidir una Eucaristía por el alma de este dedicado apóstol. La celebración fue realizada en la parroquia de San Ginés, de Madrid (foto 5), y tuvo como concelebrantes a Mons. Luis Armando Tineo Rivera, obispo emérito de Carora, y dieciséis sacerdotes más.

Por su parte, el nuncio apostólico en El Salvador, Mons. Santo Rocco Gangemi, celebró una Misa en la casa de los Heraldos de la ciudad de San José (fotos 4 y 7), mientras que Mons. Francisco Cerro Chaves, arzobispo de Toledo y Primado de España, presidió una Eucaristía en la casa de los Heraldos de Camarenilla (fotos 6 y 8), ocasión en que afirmó: «El P. Gonzalo fue un sacerdote que transmitía lo que vivía». ✧

Kaué Cezario

Eric Salas

Fotos: Eric Salas

El ministro de Educación de Francia proscribe la «escritura inclusiva»

El recurso al lenguaje denominado «inclusivo», que utiliza un carácter «neutro» para referirse a los géneros masculino y femenino, ha sido prohibido en las escuelas de Francia por el ministro de Educación, Jean-Michel Blanquer. Argumenta que este tipo de escritura es un obstáculo para la lectura y dificulta la comprensión de los alumnos por la complejidad e inestabilidad de las que está constituido.

La Policía inglesa pide disculpas por entrar en una parroquia

Los agentes policiales que llevaron a cabo la interrupción de la ceremonia de Viernes Santo en una parroquia polaca de Londres han sido instados a pedir disculpas, debido a la ilegalidad de su intervención.

La denuncia que había llegado a la Policía aquel día afirmaba que las normas contra el COVID-19 estaban siendo infringidas en la citada iglesia. Sin embargo, se ha comprobado que los parroquianos estaban cumpliendo rigurosamente los requisitos gubernamentales, los cuales también se respetaron durante las Misas del Jueves Santo y del Sábado de Aleluya.

Antiguo monasterio retoma su producción de cerveza

La abadía más antigua de Occidente activa hasta el día de hoy se encuentra en Suiza. Se trata del monasterio de Saint-Maurice d'Agaune, fundado en el 515, y que se destaca por poseer un gran patrimonio artístico, así como antiguas y valiosas reliquias.

La tradicional producción de cerveza de ese monasterio, interrumpida en el siglo XIII, fue retomada en 2019 y deberá revitalizar el yacimiento arqueológico de la abadía, además de contribuir al sustento de la comunidad. Ya han sido elaborados tres sabores de la bebida y otro está por venir.

gaudiumpress.org

Niños iraquíes reciben la Primera Comunión

En la iglesia de San Juan Bautista de Qaraqosh, al norte de Irak, hicieron la Primera Comunión 121 niños. El celebrante, el P. Majeed Attalla, dijo que aún había más de 400 a la espera de recibir este sacramento y comentaba: «Gracias a Dios tenemos muchos niños y esto es fuente de alegría, pues dan fuerza y esperanza para continuar; representan el futuro. Todos han sido preparados con un espíritu de gran participación. El COVID-19 paró el mundo, pero felizmente no interrumpió la vida de la comunidad».

Qaraqosh es actualmente el centro cristiano más importante de la llanura de Nínive: casi la totalidad de la población profesa la fe en Nuestro Señor Jesucristo.

La reapertura de Notre Dame está prevista para el 2024

El presidente de Francia, Emmanuel Macron, prometió que la restauración de la histórica catedral parisina estaría concluida en el 2024. También Michel Picaud, presidente de la institución de caridad Amigos de Notre Dame de París —asociación cuyo objetivo es recaudar fondos para la reconstrucción—, aseguró que es posible que el templo esté listo, de hecho, en la fecha señalada, aunque la cubierta no lo estuviera del todo.

El rector de la catedral de Notre Dame, Mons. Patrick Chauvet, afirmó que la obra podría durar aún 20 años y su coste rondaría unos 1000 millones de euros.

Hallados eremitorios del siglo IV

Misiones arqueológicas encuentran en el sitio Tell Ganoub Qasr-al Agouz, en el oasis al-Bahariya (Egipto), el monasterio cristiano más antiguo ya descubierto. Pruebas de radiocarbono indican que es del siglo IV. Hasta entonces, se creía que las primeras comunidades databan del siglo V, por lo que el hallazgo mostrará importantes datos sobre el cristianismo primitivo y el monaquismo en Egipto.

Seis eremitorios construidos en basalto, excavados en la roca o hechos de ladrillo de arcilla fueron encontrados en el lugar. Gracias a la ausencia de humedad y a la arena del desierto, las ruinas quedaron excepcionalmente bien conservadas. En las paredes están grabadas inscripciones en griego y pinturas coptas. Los textos fueron motivos de sorpresa para los estudiosos y serán objeto de análisis.

Lanzado nuevo sitio web del Observatorio Astronómico del Vaticano

Un nuevo sitio web ha sido lanzado por el Observatorio Astronómico del Vaticano, con el objetivo de «mostrar al mundo el apoyo de la Iglesia Católica a la ciencia», aseveró su director, el P. Guy Consolmagno, S. J., en una entrevista a la Catholic News Agency. Juntamente fue puesto en marcha un *podcast* que explora «las maravillas del universo de Dios», con explicaciones de especialistas en el asunto. El sitio posee una serie de recursos sobre fe y ciencia a los que podrán acceder los numero-

sos interesados en conocer el trabajo de forma más detallada.

Iglesias francesas sufren crecientes ataques

La unidad central de inteligencia criminal de Francia informó que en 2018 se registraron 877 ataques a lugares de culto católico en el país. El presidente del Observatorio del Patrimonio Religioso de París, Edouard de Lamaze, señaló que ese número creció cinco veces en comparación a la década anterior. Alertó asimismo que, si el vandalismo persiste, 5000 edificios de nuestra religión desaparecerán en un plazo relativamente corto.

Lamaze lamentaba el hecho de que tales lugares no sean restaurados ni protegidos por el Gobierno, desde que en 1905 fue decretada la ley de separación entre la Iglesia y el Estado.

En síntesis, Francia pierde un templo católico cada dos semanas. De todas las ofensas perpetradas contra edificios de culto, la mayoría tienen como objetivo la Iglesia Católica.

gaudiumpress.org

Otra iglesia quemada en Chile

A mediados de abril un incendio se apoderó de una de las capillas de la parroquia de San Antonio, en la comuna de Padre Las Casas (Región de La Araucanía). Todo lleva a pensar que se trata de un ataque terrorista. La pérdida de la capilla fue completa, a pesar de la actuación de cuatro dotaciones de bomberos.

Imagen de la Virgen de Guadalupe es reentronizada en Houston

La imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, perteneciente a la parroquia Reina de la Paz, de Houston (EE. UU.), fue recibida por los fieles en una ceremonia, tras haber sido restaurada. En diciembre del año pasado había sufrido el impacto de seis balas de revólver disparadas por un delincuente vestido, según testigos, con ropa roja y sombrero negro.

El Museo de Arte Sacro restaurará imágenes vandalizadas

Seis imágenes pertenecientes a la parroquia de Nuestra Señora de los Remedios, de la diócesis brasileña de Osasco, han sido enviadas al Museo de Arte Sacro con el objetivo de ser restauradas a causa del daño que sufrieron bajo los golpes de dos hombres y dos mujeres que invadieron el templo. El administrador parroquial, el P. Amauri Baggio, salió corriendo tras los delincuentes y le oyó decir a uno de ellos que aquello lo habían realizado «en nombre de Jesús».

Entre esas imágenes estaba la de la patrona, Nuestra Señora de los Remedios, y otra de San Ubaldo, procedente de Italia hacía más de sesenta años y toda tallada en madera. Había también una séptima, que representaba a Santa Cecilia, la cual no podrá ser reparada debido al lamentable estado en el que ha quedado.

Juan Rossi, encargado de la restauración, calcula que el trabajo durará alrededor de un año. Igualmente informó de que, para ello, participarán quince personas, entre restauradores y voluntarios, los cuales procurarán al máximo dejarlas con su apariencia original. La imagen de la patrona será la primera sobre la que se trabajará.

Fotos: gaudiumpress.org

Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, Osasco (Brasil). En el destacado, la imagen de Santa Cecilia que no podrá ser restaurada a causa de la gravedad de los daños

Entre estrellas

Desde que Amatista se marchó, poco a poco todo empezó a cambiar. Lo que, al principio, era la diversión de las nuevas estrellas, se convirtió en una verdadera aflicción.

El gélido viento de la noche soplaba sin piedad sobre aldeas y bosques. Los animales se refugiaban en sus guaridas, los pájaros en sus nidos y los hombres dormían profundamente junto a la chimenea. No obstante, existían otros personajes que, sin necesidad de fuego o vestidos, permanecían insensibles al frío nocturno…

Inmóviles, puestas sobre la tierra y escondidas de la mirada humana, algunas piedras preciosas empezaron a considerar una maravilla de la Creación que en ese momento se manifestaba: la luz de las estrellas.

Citrino, dirigiendo sus ojos hacia el cielo, les dijo a las demás:

—Hermanas mías, ¡fijaos en la belleza de esas estrellas! Cada vez que las analizo, me parece que algo más allá de mis fuerzas me eleva hasta Dios.

—¡Sí! —le contestó Rubí—. Como nosotras, ellas tampoco sienten el frío, ¡pues son fogosas como el Sol que nos calienta!

—¡Ah, mayor es su alegría, porque se mueven y cuán encima de este mundo brillan! —exclamó Ópalo.

—¡Su morada es el cielo! Mientras que la nuestra es este suelo tan banal… —manifestó Diamante.

—Algún día seremos como ellas: ¡estaremos cerca de nuestro Creador! —volvió a pronunciarse Citrino.

—Compañeras, ¡no perdamos la esperanza! —intervino Esmeralda—. Las estrellas son nuestras hermanas y ciertamente nos acogerán. ¡Vamos! ¡Vayamos hacia el cielo!

A estas palabras, replicó Amatista:

—¡Espera un momento, Esmeralda! Nosotras no somos capaces de llegar hasta allí por nuestros propios medios. Necesitamos que alguien nos ayude. Si no tenemos fuerzas siquiera para movernos, mucho menos para volar más allá del globo terrestre… Recemos al ángel que nos custodia.

Tan pronto como iniciaron la oración, el Ángel de las bellezas creadas, fuerte y luminoso como el sol, se les apareció. Y, al escuchar su deseo de habitar en el cielo, les respondió:

—Ciertamente las estrellas os acogerán. Sin embargo, estad seguras de que allí todo es muy diferente. Por eso, cuando queráis volver, podréis vosotras mismas bajar a la Tierra.

Y empezó a designar el destino de cada piedra preciosa:

«Tú, Rubí, por ser reflejo de fortaleza sin par, te quedarás en la constelación de León.

«Por tu generosidad, Amatista, te quedarás en el Crucero del Sur, significando la infinita donación de Dios para con los hombres: su muerte en la cruz.

«Diamante, tú, que eres siempre perenne, representas la verdadera paz, por eso puedes unite a la constelación del Águila, para contemplar tranquilamente la eternidad.

«Tú, bello Citrino, por tu color dorado, la más noble entre las demás, podrás quedarte en la constelación del Escudo, para significar la virtud de aquellos que combaten por la fe.

«Ópalo, con tu alegría multicolor, te quedarás en la Corona Austral.

«Y tú, oh encantadora Esmeralda, reflejarás mejor tu luz en la Tres Ma-

¿O ADULTOS LLENOS DE FE?

y piedras...

Sarah Ramos Mafort

rías, que sirven para identificar otras constelaciones».

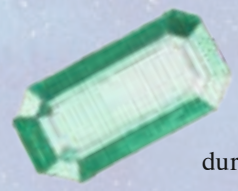
Dichas estas palabras el ángel arrojó su luz sobre las piedras. Éstas quedaron tan brillantes que, como el rocío de la mañana al calor del sol, poco a poco se fueron elevando de la tierra al cielo.

Al llegar a las bellas moradas celestiales, las estrellas formaron un cortejo, bailando y cantando alegremente para sus nuevas compañeras. En una mezcla de exultación y curiosidad, querían todas saber cómo era la vida en la Tierra. En cada constelación se oía hablar de mares y lagos, de montañas nevadas y volcanes incandescentes. Pero lo que más les encantaba era conocer la historia de los santos.

Transcurridos algunos días, un movimiento diferente llamó la atención de los conjuntos celestiales hacia el Crucero del Sur:

—La estrella Amatista ha decidido regresar a la Tierra —comentaban.

—Pero ¿cuál ha sido el motivo? —preguntó uno de los astros.



—Su generosidad tiende a expandirse, pero para que eso ocurra necesita del sufrimiento. Sin embargo, durante estos días estuvo buscándolo por aquí y descubrió que en el Cielo ya no se sufre. Entonces bajará para estar con los hombres.

Desde que Amatista se había marchado, poco a poco todo comenzó a cambiar.

Una mañana, las estrellas-piedras asistían a la vida de los hombres, sin que ellos lo notaran. Esto, que al principio era la diversión de los nuevos astros, enseguida se convirtió en una aflicción:

—Mirad, compañeras —exclamó Ópalo—, ¡en todas las casas las personas lloran! No conocen la alegría. El sufrimiento llama a la puerta de las almas; mi hermana Amatista está allí para ayudarlas, pero nadie sabe sufrir bien… Tengo que amparar a los hombres.

—¡Hermana mía, no lo hagas sin mí! La humanidad sólo tendrá verdadera felicidad si se vuelve fuerte para luchar valientemente contra el mal —explicó Rubí.

Una voz procedente de la constelación de Escudo cortó, entonces, la conversación entre la estrella-alegría y el astro-fortaleza:

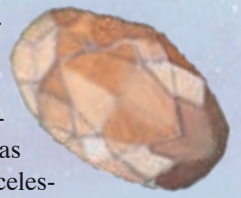
—¿Y quién va a conseguir que los hombres vivan lo que vosotras predicáis? Sin la fe, toda alegría es vana y la fortaleza, brutalidad. Percibo que mi morada no es aquí; ¡mi cielo es el corazón del justo! Iré con vosotras y tomaré posesión de lo que es mío.

Inesperadamente la estrella de la paz se puso a llorar:

—¿Me quedaré aquí sola sin vosotras? No puedo bajar, pues allí no existe un lugar de absoluta paz. Dios constituyó la tierra como campo de batalla y la completa posesión de mi bien sólo se encuentra en el Cielo.

—Calma, amiga mía. En breve tendrás nuevas compañías, porque también iré yo a visitar a las almas. Las llenaré de esperanza en poseerte eternamente —la consoló Esmeralda, que también regresaba a su «tierra natal».

Así, tranquilizado el bello Diamante-paz, descendieron las demás piedras-estrellas. Hasta el día de hoy escoltan a la estrella de la generosidad y del dolor, que diariamente visita los corazones de los hombres, deseosa de llevarlos al gozo del Reino de la paz eterna. Estemos con el alma abierta y oigamos lo que estas fulgurantes lumbreras celestiales tienen que contarnos. ✧



Ilustraciones: Priscila Vieira

Los santos de cada día

1. San Justino, mártir (†c. 165 Roma).

Beato Juan Pelingotto (†1304). Terciario franciscano de Urbino, Italia. Se retiró a vivir en una celda, de donde sólo salía para atender a pobres y enfermos.

2. Santos Marcelino y Pedro, mártires (†304 Roma).

Santa Blandina, mártir (†177). Decapitada en Lyon, Francia, en tiempo del emperador Marco Aurelio, tras sufrir numerosos tormentos.

3. San Carlos Lwanga y doce compañeros, mártires (†1886 Kampala - Uganda).

Santa Clotilde, reina (†545). Gracias a sus oraciones y a su celo apostólico, obtuvo la conversión de su esposo Clodoveo, rey de los francos, y de todo su reino.

4. San Optato, obispo (†s. IV). Al frente de la diócesis de Milevi, en el norte de África, se distinguió en el combate a los donatistas. Escribió varias obras, todas muy apreciadas por San Agustín.

5. San Bonifacio, obispo y mártir (†754 Dokkum – Países Bajos).

San Eoban, obispo, y diez compañeros, mártires (†754). Lograron la palma del martirio junto con San Bonifacio, en Frisia.

6. Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

San Norberto, obispo (†1134 Magdeburgo - Alemania).

7. San Roberto de Newminster, abad (†1159). Tras ser ordenado sacerdote, ingresó en la abadía de Whitby, Inglaterra. Con otros doce monjes ayudó a fundar varios monasterios, entre ellos el de Newminster, del que fue superior.

San Bernabé - Iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Montevideo

8. San Fortunato de Fano, obispo (†s. VI). Se dedicó empeñadamente en la redención de cautivos.

9. San Efrén, diácono y doctor de la Iglesia (†373 Edesa - Turquía).

Beato José Imbert, presbítero y mártir (†1794). Religioso jesuita nombrado vicario apostólico de Moulins por Pío V durante la Revolución francesa. Fue preso en una galera en Rochefort, donde murió.

10. Beata Diana de Andaló, virgen (†1236). Pronunció sus votos en las manos del propio Santo Domingo y, superados todos los obstáculos puestos por su familia, entró en el monasterio dominico de Santa Inés, en Bolonia, Italia.

11. Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

San Bernabé, apóstol.

Santa Rosa Francisca María de los Dolores, virgen (†1876). Transformó una asociación de mujeres piadosas en la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación, en Tortosa, España.

12. Inmaculado Corazón de María.

Beato Guido, presbítero (†c. 1245). Discípulo de San Francisco de Asís, fundó el convento de Celle, Italia. Aún en vida tenía fama de santidad y obraba muchos milagros.

13. XI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Antonio de Padua, presbítero y doctor de la Iglesia (†1231 Padua - Italia).

San Fandila, presbítero y monje (†853). Decapitado en Córdoba, España, en tiempo del emir Mohamed I.

14. San Eliseo, profeta. Discípulo y sucesor de San Elías y profeta de Israel desde el tiempo del rey Jorán hasta los días de Joás.

15. Santa Bárbara Cui Lianzhi, mártir (†1900). Madre de familia asesinada por medio de cruelísimas torturas durante las persecuciones en China.

16. Santos Julita y Quirico, mártires (†s. IV). Joven viuda asesinada junto con su hijo, aún niño, en Tarso, en la actual Turquía.

17. San Raniero de Pisa, penitente (†1160). En su juventud se entregó a diversiones mundanas; tras su conversión, lo abandonó todo y

partió a Tierra Santa, donde vivió trece años haciendo penitencia.

18. Beata Hosana Andreasi, virgen (†1505). Religiosa dominica de Mantua, Italia, que supo armonizar con sabiduría la contemplación de las cosas divinas con los trabajos y el ejercicio de las buenas obras.

19. San Romualdo, abad (†1027 Marcas - Italia).

Santa Juliana Falconieri, virgen (†c. 1341). De familia noble, fundó en Florencia, Italia, la Orden Tercera de los Siervos de María, llamadas «Mantelatas» a causa de su hábito religioso.

20. XII Domingo del Tiempo Ordinario.

Beato Dermicio O'Hurley, obispo y mártir (†1584). Preso y torturado durante meses en el reinado de Isabel I de Inglaterra, finalmente, fue ahorcado por no querer desvincularse de la Iglesia de Roma.

21. San Luis Gonzaga, religioso (†1591 Roma).

San Radulfo, obispo (†866). Abad benedictino elegido obispo de Bourges, Francia. Demostró gran solicitud por el perfeccionamiento del clero.

22. San Paulino de Nola, obispo (†431 Nola - Italia).

Santos Juan Fisher, obispo, y **Tomás Moro**, mártires (†1535 Londres).

Beato Inocencio V, Papa (†1276). Después de haber recibido el hábito dominico y enseñado teología en París, fue nombrado obispo de Lyon y más tarde elegido Papa. Se empeñó en unir a la Sede Romana las iglesias separadas.

23. San José Cafasso, presbítero (†1860). Sacerdote de la diócesis de Turín, Italia, que se dedicó a aumentar la piedad y la ciencia de los futuros clérigos y a reconciliar con Dios a los presos y los condenados a muerte.

24. Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista.

Santa María de Guadalupe García Zavala, virgen (†1963). Cofundadora de la Congregación de las Siervas de Santa Margarita María y de los Pobres, en Guadalajara, México.

25. Santa Orosia, virgen y mártir (†c. 714). Princesa de Bohemia que, según la tradición, fue asesinada cerca de Jaca, España, cuando viajaba para casarse con un príncipe visigodo de Aragón.

26. Beato Andrés Jacinto Longhin, obispo (†1936). Religioso capuchino nombrado obispo de Treviso, Italia, por San Pío X, ayudó a los prófugos y prisioneros durante la Primera Guerra Mundial y defendió los derechos de los más débiles de la sociedad.

27. XIII Domingo del Tiempo Ordinario

Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

San Cirilo de Alejandría, obispo y doctor de la Iglesia (†444 Alejandría - Egipto).

Santa Margarita Bays, virgen (†1879). Terciaria franciscana de Friburgo, Suiza, que, sin descuidar nunca la vida de oración, se dedicó incansablemente a diversas obras de apostolado laico.

28. San Ireneo, obispo y mártir (†c. 202 Lyon - Francia).

San Juan Southworth, presbítero y mártir (†1654). Condenado a muerte por ejercer clandestinamente su ministerio sacerdotal en Inglaterra.

29. Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, apóstoles.

Santos Pablo Wu Yan, Juan Bautista Wu Mantang y Pabo Wu Wanshu, mártires (†1900). Pablo Wu era el padre de Juan Bautista, por entonces de 17 años, y tío de Pablo Wanshu, de 16. Los tres fueron masacrados durante la persecución religiosa en China.

30. Santos Protomártires de la Iglesia Romana (†64 Roma).

Beato Jenaro María Sarnelli, presbítero (†1744). Al conocer a San Alfonso de Ligorio se hizo redentorista y viajaron juntos en misiones por Italia.

Reproducción

Santa Blandina - Vitral de la iglesia de San Ireneo, Lyon (Francia)

Desafiadores de los aires

Nuestra vida terrena es una seguidilla de luchas y conquistas por la supervivencia y, sobre todo, para alcanzar el Cielo, galardón de los verdaderos héroes.

Hna. Cecilia Grasielle Ramos Levermann, EP

Cuando contemplamos un horizonte donde predomina el límpido firmamento añil, nos extasiamos con su placidez. Sin embargo, en ese mismo escenario pueden haber sucedido epopeyas aparentemente discrepantes de la tranquilidad que el paisaje nos presenta.

No me refiero a ningún hecho notable ocurrido en los cielos. El «héroe» del que hablo es un gran desafiador de los aires. No busca brillar ante los hombres, pues su «guerra» es por la supervivencia y acontece a diario. La «gallardía» de este luchador suele pasar desapercibida, pero, al entrar en contacto con ella, nos llenamos de admiración.

Esa figura no está enteramente fuera de nuestro alcance; basta que levantemos la mirada al cielo y allí encontraremos, en pleno vuelo, librando su ardua batalla, al halcón.

Cuando planea en el aire, trasparece en él una compostura llena de tranquilidad, que no le impide estar atento a todo lo que pasa a su alrededor. Evoca así el estado de espíritu de vigilancia y oración, enseñado por el Maestro a sus discípulos y seguidores de todos los tiempos.

El «campo de batalla» del halcón trasciende al de otras aves de rapiña, las cuales suelen capturar animales terrestres. Él, por su parte, procura aventuras más arriesgadas y conquistas más costosas al buscar su caza en los aires. Una vez fijado su blanco con una visión aguda, amplia y analítica, marcha célere en dirección a él. Enfrentando con prodigiosa vitalidad los vientos y la distancia agarra decididamente a su presa con un impulso digno de su altivez. El discernimiento fue previo y cuidadoso, el lance, impetuoso, y el resultado exitoso: he aquí que el halcón regresa victorioso de su expedición.

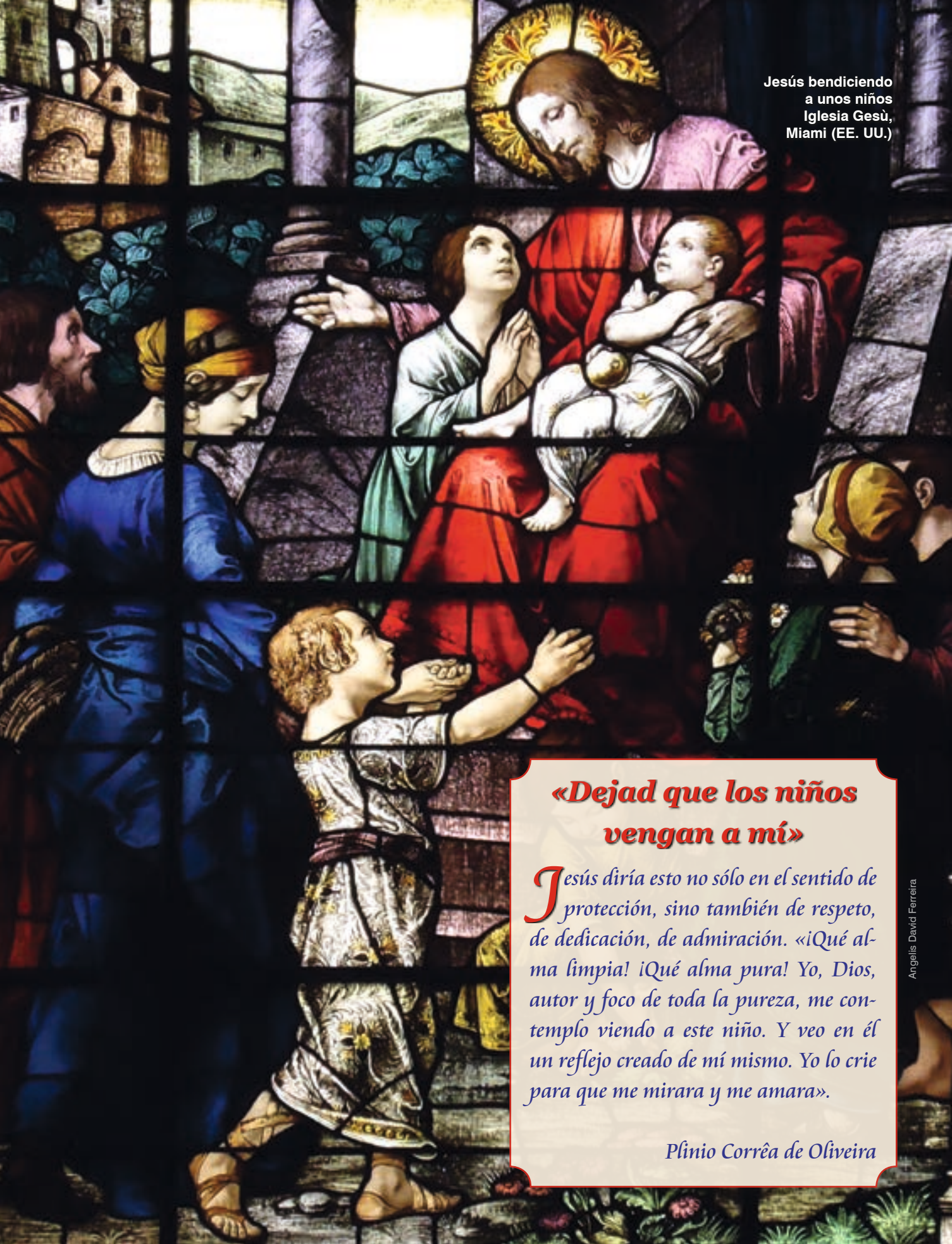
Podemos encontrar en esta ave una imagen de cómo actúa la voluntad humana. El hombre, antes de hacer cualquier cosa, proyecta un plan: es la inteligencia la que actúa. Definido el objetivo, penetra en el corazón, es decir, la voluntad. A continuación, el individuo empleará los medios necesarios para realizar lo que ha concebido, a semejanza del vuelo decidido y enérgico del animal que contemplamos en este artículo.

Nuestra vida terrena es una seguidilla de luchas y conquistas por la supervivencia y, sobre todo, para alcanzar el Cielo, galardón de los verdaderos héroes que pugnan por la causa de Dios. Nos compete a nosotros medir los desafíos y lanzarnos con entusiasmo en dirección a ellos, según el consejo de la Carta a los hebreos: «corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús» (12, 1-2a).

No huyamos del dolor que hiere nuestros sentidos. Abracemos, por el contrario, los sufrimientos imitando al divino Redentor, «quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz» (Heb 12, 2b). Con paso resoluto y con el alma en llamas, avancemos rumbo a la santidad, desafiando cualquier obstáculo, a fin de que nos convirtamos en instrumentos para la glorificación de Dios y exaltación de la Santa Iglesia, lo que resultará en nuestra eterna salvación. Y nunca nos olvidemos de que en esa peregrinación jamás estaremos solos: una Madre llena de bondad y misericordia vela por cada uno de nosotros y nos señala el camino hacia la morada eterna. ✧

En las fotos de arriba: 1. Halcón berigora, Victoria (Australia); 2. Cernícalo australiano; 3. Halcón aleto; 4. Cernícalo vulgar; 5. Halcón berigora (novaeguineae), norte de Australia; 6. Halcón sacre, Heralec (República Checa); 7. Halcón peregrino en vuelo. En la página anterior: Halcón borní, KwaZulu-Natal (Sudáfrica)

Alan Manson (CC by-sa 2.0)



Jesús bendiciendo a unos niños
Iglesia Gesù,
Miami (EE. UU.)

«Dejad que los niños vengan a mí»

Jesús diría esto no sólo en el sentido de protección, sino también de respeto, de dedicación, de admiración. «¡Qué alma limpia! ¡Qué alma pura! Yo, Dios, autor y foco de toda la pureza, me contemplo viendo a este niño. Y veo en él un reflejo creado de mí mismo. Yo lo crie para que me mirara y me amara».

Plinio Corrêa de Oliveira

Angelis David Ferreira